

BOLSIBRAC
BRUGUERA

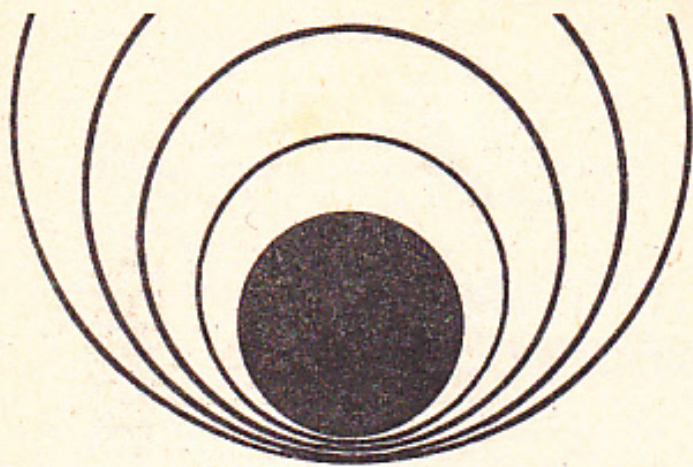
PUNTO
ROJO

DOMADOR DE PISTOLEROS

Clark Carrados

SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS





PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS
DOMADOR DE PISTOLEROS

Colección PUNTO ROJO n.º 1021
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A,
BARCELONA - BOGOTA • BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL.

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.769 — Ciudad de locos.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.630 — La muerte de Tom Nolan.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.658 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

626 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

1.014 — El hombre del monóculo negro.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio.

ISBN 84-G2-02520-X Depósito legal: B. 28.227-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1981

© Clark Carrados -1981

texto

© Antonio Bernal -1981

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S, A. Camps y Fabrés, 3. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona –
1981

CAPITULO PRIMERO

Vio a la muchacha y envidió al hombre que estaba con ella. Era un tipo afortunado, pensó Hartley Ball, mientras sorbía lentamente el refresco, sentado junto a una mesa, en la lujosa terraza del hotel. La joven tenía un tipo precioso y parecía muy satisfecha de la vida. Además, se veía que era muy simpática, extrovertida, con ansias de disfrutar cada minuto de la existencia.

Había una piscina, en la que se bañaban personas de ambos sexos. Ella, al igual que su acompañante, estaba en traje de baño; lo llevaba de una sola pieza, de color blanco, con el escote posterior hasta la cintura, delgada como la de una avispa. El pelo era castaño, corto, peinado en una encantadora melena, que aumentaba todavía más sus atractivos. Aunque no las había visto, Ball apostó doble contra sencillo a que sus pupilas eran verdes.

Pero no podía poner mucho tiempo en contemplar a la muchacha. Había un hombre que resultaba más interesante. El individuo se habría comportado de forma muy diferente, si hubiera sabido que tenía a Ball dos mesas más allá.

Ciertamente, Ball no representaba en aquel momento los treinta y dos años que contaba. Llevaba puestas unas enormes patillas blancas y su cintura, merced al relleno, había aumentado casi treinta centímetros. Un hábil maquillaje había «hinchado» también sus facciones y el pelo natural, rubio y muy corto, quedaba oculto bajo una frondosa melena de color blanco. En las manos sostenía un bastón con puño de marfil, que le servía para apoyarse al caminar, con un pie ficticiamente escayolado. Así componía la imagen, de un señor maduro, algo prematuramente encanecido y aparentemente rico.

El hombre a quien vigilaba Ball tenía unos cuarenta años, era alto, delgado y su rostro aparecía inexpresivo. Daba la sensación de ser un acomodado negociante, en vacaciones, pero Ball sabía que era uno de los más peligrosos asesinos con los que se había topado en su vida.

Sé llamaba Ernie Dewhurst, aunque se había inscrito en el hotel con el nombre de Arne Kolsen. Cuando Dewhurst aparecía en alguna parte, una persona, generalmente varón, tenía sus horas contadas.

Hasta entonces, Dewhurst había conseguido eludir siempre las redes que la ley había tendido a su alrededor. Ball tenía la seguridad de que, al fin, habían acabado con la carrera del sujeto.

De pronto, Dewhurst hizo un leve ademán. Un camarero se

acercó a! poco solícitamente. Dewhurst le pidió algo. El camarero asintió. Antes de retirarse, envió una rápida mirada a Ball, la mirada encerraba una contraseña afirmativa: «Es él. Huellas confirmadas», dijo el camarero en silencio.

Entonces, Ball se puso en pie y se encasquetó el amplio sombrero tejano que tenía en una butaca contigua. Lentamente, caminó, apoyándose en el bastón, para compensar el supuesto defecto de su pie izquierdo.

La chica que tanto le había gustado soltó en aquel momento una alegre carcajada, a causa de algo que le había dicho su acompañante. Ball no pudo evitar volverse a mirarla. Sí, tenía los ojos verdes y era la cara más bonita que nunca había visto. Aquel desgalichado individuo que estaba con ella era un tipo realmente afortunado, pensó, envidioso.

Penosamente, entró en el hotel y se encaminó a uno de los ascensores. Cuando llegó al segundo piso, salió y renqueó hasta llegar a una puerta. Miró a derecha e izquierda y no vio a nadie. Sacó una ganzúa, la movió un poco a derecha e izquierda y el paso quedó libre.

Media hora más tarde, volvió a abrirse la puerta. Dewhurst entró y avanzó un par de pasos. Entonces, a través de un espejo, vio al hombre sentado en una butaca, cuyo respaldo daba frente a la entrada.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —preguntó de mal talante.

—He venido a detenerle, Ernie Dewhurst —contestó Ball tranquilamente.

—¿Detenermeo ¿Por qué? Yo no he hecho nada malo... Además, no me llamo Dewhurst... Soy Arne Kolsen...

—Es Dewhurst —insistió Ball—. Hasta ahora, ha podido escurrir el bulto, pero, al fin, hemos podido conseguir la prueba que le enviará a la silla eléctrica. Se dice que los policías pueden cometer cien errores, pero al asesino le basta con uno sólo. Usted lo cometió, cuando esperó a Dan Abner para asesinarlo. Aunque siempre usa guantes, se los quitó un momento, sin duda para hojear un libro que apareció fuera de su estante. Se sabe que Abner guardaba allí siempre algunos billetes de elevada denominación, que no aparecieron. A pesar de las precauciones, dejó la huella del índice en una de las primeras páginas. Ahora en este hotel hay huellas tuyas por todas partes.

Hubo un momento de silencio. Luego Dewhurst dijo:

—Quizá esto se pueda arreglar de algún modo. Tengo dinero..,

—Esto se arreglará con un juez y un jurado, Ernie.

—También hay otro sistema.

—¿Sí?

Dewhurst hizo un ligero movimiento con el brazo derecho. Una pistola diminuta resbaló del antebrazo a la mano. La empuñó firmemente y disparó hacia el sillón.

Pero el proyectil no encontró su blanco. Ball disponía también de un espejo y vio el gesto del asesino. Inmediatamente se dejó caer al suelo, hacia adelante y a la izquierda, y girando al mismo tiempo.

Cuando terminó el movimiento, tenía su revólver en la mano derecha. Disparó una vez. de abajo arriba. Dewhurst aulló, al sentir en sus carnes el demoledor impacto del 45. A Ball le gustaban los calibres gruesos.

El pesado proyectil lo arrojó hacia atrás, obligándole a soltar la pistola. Ball se puso en pie Dewhurst estaba sentado en el suelo, con la cara deformada por el dolor y el pecho lleno de sangre.

Ball guardó el revólver y apartó con el pie la pistola del asesino. Dewhurst gimió, pidiendo un médico.

—Lo tendrá, descuide. Ese balazo no es mortal y vivirá lo suficiente para escuchar la misma sentencia que usted pronunció contra otros, sin darles opción a defenderse.

Dewhurst estaba sin fuerzas y ya no pudo contestar. Ball metió la mano en la enorme copa de su sombrero y extrajo un diminuto transmisor.

—Jim. ya puedes venir con los muchachos —llamó—. Avisa también a un matasanos.

El médico de la Policía protestó más tarde, cuando tuvo que extraer la bala del hombro derecho de Dewhurst.

—¿Por qué no usas un cañón, Hart? —refunfuñó—. La diferencia entre una pieza de artillería y tu pistolón no es tan grande. Pero yo encontraría la bala con más rapidez.

—Doctor, a mí me han encomendado cierta tarea y la cumplo lo mejor que puedo —contestó Ball sin inmutarse—. Y, créame, para enfrentarse con ciertas clases de tipos, cuanto mayor sea el calibre, mejor.

El médico sacó la bala y la sostuvo al extremo de las pinzas.

—Estos proyectiles son antediluvianos —dijo—. ¿De dónde los sacas, Hart?

—Tengo todavía el repuesto de municiones del bisabuelo —contestó el joven desenvueltamente—. Usted debe de simpatizar con su paciente; le gusta mucho el calibre veintidós. Bueno, ¿puedo informar ya de que ha sido curado?

—Sí, desde luego. Y saldrá adelante, si es eso lo que te interesa. Ball se dirigió hacia la puerta.

—Lo que me interesa ya ha sido conseguido; al fin he quitado de la circulación a un hombre tan mortífero como la peste

El hombre salió de su casa y estiró los brazos voluptuosamente. Iba a hacer un buen día. Ron Coughlin se sintió satisfecho de la vida. Haría buenos negocios en aquellos parajes.

Con los ojos de la imaginación, vio el edificio que se levantaría en aquellos parajes momentáneamente desolados. La carretera pasaba a unos cuatrocientos metros de distancia. Coughlin sabía que existía un proyecto de desviación, dado que en aquellos momentos corría al pie de una montaña de constitución inestable y los corrimientos y desprendimientos de tierras eran muy frecuentes. Cuando la desviación estuviese terminada, no habría automovilista que no se detuviese a repostar en su parador.

Conocía exactamente el nuevo trazado. Las obras empezarán antes de seis meses, en el verano y antes de que llegase la época de lluvias, lo que, indefectiblemente provocaba aludes de tierra y piedras, que interrumpían el tráfico casi constantemente. Pero antes tenía que allanar algunos trozos de la propiedad.

Entró en la casa, se preparó el desayuno, lo consumió con buen apetito y luego dejó los cacharros apilados en el fregadero, para lavarlos al término de la jornada. Se encasquetó una gorra ligera, salió y se dirigió a la explanadora que tenía a pocos pasos de distancia.

El poderoso motor rugió al arrancar. Coughlin comprobó los indicadores, esperó unos momentos a que el motor hubiese alcanzado la temperatura deseada y luego puso en marcha la máquina.

Entonces fue cuando el tirador oculto apretó el gatillo de su fusil.

Coughlin se estremeció convulsivamente y luego se venció hacia adelante. La bala le había entrado por el costado izquierdo atravesándole el corazón. Se agitó levemente un par de veces y se quedó inmóvil.

La máquina siguió andando. Atravesó la tierra estéril y alcanzó la carretera. Un coche, que llegaba a toda velocidad, estuvo a punto de estrellarse contra aquel monstruoso artefacto. El conductor pudo evitar la colisión, mediante un violento golpe al volante, pero se salió de la carretera y paró a veinte metros de distancia.

Por una rara casualidad, la explanadora empezó a marchar a lo

largo de la carretera, erráticamente, sin rumbo, oscilando a derecha e izquierda, con su conductor muerto sobre los mandos. Hubo una larga serie de bocinazos, un par de colisiones, afortunadamente sin protestas y, al fin, apareció un coche de la patrulla de carreteras, cuyos ocupantes hicieron frenéticamente señales al piloto de la máquina, para que la detuviera a un lado.

Coughlin, naturalmente, no contestó a las demandas. Al fin, el coche paró y uno de los policías se apeó, para correr junto a la máquina, hasta que pudo saltar a la cabina.

—¿Está borracho o qué? —gritó furiosamente, mientras buscaba la llave de contacto. El motor se paró al fin y la explanadora, lentamente, salió de la carretera y se detuvo en un campo de matojos secos.

El policía vio entonces la mancha de sangre del costado izquierdo. Su compañero corría ya hacia él para prestarle auxilio, si era necesario.

—Jack —dijo el primero—, no te molestes. Llama a la Central y diles que envíen a los de Homicidios. Este hombre ha sido asesinado.

CAPITULO II

Estaba haciendo flechitas de papel y tirándolas a una papelería que había colgado de un clavo en la pared. En mangas de camisa, con los pies encima de la mesa, Hartley Ball estaba pasando el tiempo lo mejor posible, hasta que llegase la hora de abandonar su oficina.

En aquellos momentos, no tenía nada que hacer. Ball se convertía en un torbellino cuando le encomendaban una misión y entonces no paraba día y noche, pero cuando no tenía ningún caso que resolver se dedicaba a la más absoluta holganza.

La puerta se abrió y un hombre asomó la cabeza.

—Hart, te traigo una «patata caliente» —dijo.

—Algo complicado, supongo, Morty.

Mortimer Grannath asintió.

—El caso Coughlin —dijo.

Ball arqueó las cejas.

—Eso es de Homicidios; no compete a la Sección Especial— alegó con un gruñido.

—El jefe ha dicho que te hagas cargo, es todo lo que sé. Ah y además, te traigo a alguien que te dará detalles sobre el caso.

—Maldita sea, han pasado seis semanas... Los de Homicidios no pudieron dar con una sola pista... ¿y ahora quieren que yo me encargue del asunto?

Grannath soltó una risita.

—Por eso dije ames que es una «patata caliente» —contestó—, Bien, Hart, te dejo a solas con la señorita Coughlin. Pase, señorita, por favor.

Ball se puso en pie instantáneamente. Agarró la chaqueta y se la puso con gran apresuramiento. Una mujer, joven y muy bonita, entró en el despacho.

—Sargento Ball...

El joven se quedó boquiabierto. Sólo había visto una vez, pero tenía una memoria fotográfica. Aquella chica de la piscina, el día de la captura de Ernie Dewhurst... «Si lo hubiese deseado, no se habría hecho realidad», pensó.

—Soy Thelma Coughlin —se presentó la muchacha—. El jefe Ibbetson me ha encargado que le vea a usted. Ibbetson fue un gran amigo de mi padre —explicó.

Ball señaló una silla.

—Siéntese, por favor —dijo. Grannath estaba en la puerta, muerto de curiosidad, y le apuntó con el índice como si fuese una pistola—, Morty, ¿por qué no traes café para dos? —pidió.

—Al momento, Hart.

—Está bien, ahora podemos hablar tranquilos, señorita —continuó el joven—. Primero, sin embargo, permítame que le presente mis condolencias por la muerte de... su esposo.

—Hermano —puntualizó Thelma—. Ron tenía seis años más que yo, pero estábamos muy unidos. Todavía no he podido acostumbrarme a la idea de que ya no le veré más.

—Lo lamento de veras —dijo Ball—. Tendré que estudiar el expediente elaborado por los hombres de Homicidios, aunque espero que usted me dará aquí algún detalle suplementario.

Grannath entró en aquel momento con dos vasos de papel. Ofreció uno a la muchacha, quien lo agradeció con breve gesto, y dejó otro sobre la mesa.

—¿Puedo quedarme, Hart? —consultó.

Ball hizo un gesto afirmativo.

—Señorita, ¿qué puede decirme usted de la muerte de su hermano? —preguntó.

—Lo mataron porque no quería vender los terrenos que poseía en Dry Hills —dijo Thelma.

—Ah, era propietario de unas tierras... ¿Qué cultivaba en su propiedad?

—Nada, no son terrenos destinados a labor. Pensaba construir un parador. Aunque está a casi quinientos metros de la carretera, hay un proyecto de desviación de ésta y, cuando esté concluido el nuevo tramo, pasará por el borde de la propiedad. Antes de iniciarse los trabajos, no valía apenas nada; después, su valor se ha multiplicado por veinte o más veces.

—Especulación se llama a esa figura —refunfuñó Ball—. De modo que lo mataron porque no quería vender.

—No. Y no vendió, aunque sé que ahora hay un nuevo propietario de esas tierras

—¿Cómo puede ser eso, sí no vendió? —se extrañó el joven.

—Yo no vivo en Lansing Bow —aclaró Thelma—. Soy profesora en un colegio de Glabe, Nuevo Méjico. Ron y yo nos escribíamos con alguna frecuencia. Cuando dejé de tener noticias suyas, me inquieté. Traté de hablar con él por teléfono, pero no lo conseguí. Entonces vine a ver qué pasaba y me encontré con la terrible noticia.

—Tuvo que ser un golpe muy fuerte, en efecto. Ha dicho que no vendió, pero sin embargo, hay un nuevo propietario... Eso parece muy extraño, señorita Coughlin.

—Cuando llegué aquí, hice algunas indagaciones. Un hombre me visitó hace dos días y dijo representar al actual propietario de las tierras de Dry Hills. Yo le dije que eso no podía ser cierto,

porque, precisamente, en su última carta, Ron mencionaba el asunto y decía que no vendería por nada del mundo, a pesar de todas las presiones a que estaba sometido. El hombre me enseñó un contrato de venta, que parece auténtico. Según ese contrato, Ron vendió por ocho mil doscientos dólares, y lo curioso del caso es que el dinero fue depositado en su cuenta bancaria.

—¿Cree que es un precio justo? —inquirió Ball.

—¡Ni hablar! Suponiendo que hubiese querido vender, habría pedido diez veces más. Las tierras lo valían, créame —respondió Thelma con gran vehemencia.

—Parece un terreno situado en lugar estratégico. Pero usted ha dicho que un hombre le enseñó el contrato de venta. ¿Lo conoce?

—Sé que se llama Edward Mahaw y que dijo actuar en representación de su jefe, el cual, a su vez, lo hace por su cliente. ¿Quiere ver el contrato, sargento? Mahaw me dejó una fotocopia y ya la traía prevenida, lo cual, como puede comprender, me da muy mala espina.

Ball tomó los papeles que le tendía la muchacha y los estudió rápidamente. En el primero había un membrete con el nombre de un abogado, R.M. Skimmer. Anotó el nombre y la dirección y devolvió los documentos a la muchacha.

—Aparentemente, todo está en regla —dijo—. No obstante, convendría hacer examinar ese contrato por un experto. Yo hablaré con el abogado Skimmer y también con Mahaw, en cuanto me sea posible. Pero su hermano vendió, eso parece indiscutible.

—Si cedió, lo hizo bajo coacción.

—¿Sabe si le amenazaron?

—A él, r o, pero sí a la mujer con la que iba a casarse en cuanto tuviese el negocio en marcha.

Ball observó que la muchacha se ponía colorada al mencionar aquel detalle.

—Déme su nombre y dirección —solicitó.

Thelma titubeó un poco, pero accedió y Ball anotó los datos.

—Está bien, señorita; haré lo que pueda, aunque no le garantizo resultados —dijo.

—Gracias, sargento.

Ball volvió los ojos hacia Grannath, cuando la muchacha se hubo marchado.

—Morty, ¿qué opinas?

—Cielos, qué bombón...

—No seas estúpido —rezongó el joven— Me refería al caso.

—Complicado, sargento.

—Pero no insoluble.

—Va a tener que sudar mucho.

—Eso es lo que me temo. Morty, date una vuelta por ahí y recoge informes de nuestros «muchachos». Nos veremos mañana a esta hora.

—De acuerdo.

Ball se puso en pie. Grannath hablaría con los confidentes habituales y sacaría algo. Mientras, él visitaría al abogado Skimmer y vería qué podía sacar en limpio.

* * *

La placa dorada en la puerta indicaba el nombre y la profesión del ocupante del apartamento. Tocó suavemente con los nudillos y una joven abrió a los pocos momentos.

—¿Qué desea?

—Me llamo Ball —expresó el joven—, ¿Puedo hablar con el abogado Skimmer?

En los labios de la mujer, evidentemente una secretaria, apareció una sonrisa burlona.

—Le avisaré, señor. Pase, tenga la bondad.

—Gracias.

La joven se alejó, con gran contoneo de unas caderas encerradas en una falda que parecía iba a rasgarse de un momento a otro. Ball quedó en el antedespacho, contemplando con ojos estremecidos un cuadro de estilo indefinible, en el que los colores se mezclaban con gran violencia. Temió sufrir daños en las retinas y apartó la vista del cuadro.

La secretaria vino a poco y dejó abierta la otra puerta.

—Tenga la bondad de pasar, señor Ball.

El joven asintió. Cruzó el umbral y arqueó las cejas al verse en presencia de una hermosa mujer, que se había puesto en pie para recibirle.

—Señor Ball, soy el abogado Skimmer —dijo sonriendo—. Las iniciales que van delante del apellido representan mi nombre: Rose May.

Ball procuró rehacerse de la sorpresa recibida. La abogada tenía un par de años más que él, vestía con gran elegancia y era sumamente atractiva.

—Tendrá que dispensarme, señora Skimmer —manifestó—. Nunca pude imaginarme...

—Eso les pasa a muchos —contestó ella—. Tenga la bondad de sentarse, sargento.

—Ah, me conoce...

—Usted no ha declarado pertenecer a la Policía, pero más de una vez he leído su nombre en los periódicos. Especialmente, en el último caso, cuando detuvo a un peligroso asesino profesional. Un caso brillantemente resuelto, todo hay que decirlo.

—Costó muchos sudores —sonrió Ball—. Las cosas no son nunca tan fáciles como se presentan en los diarios. Uno lee la noticia en pocos minutos, pero para que se produzca esa noticia, es necesario haber trabajado un par de años, como sucedió en este caso.

—Pero lo solucionó, y eso es lo que interesa. Bien, señor Ball, ¿en qué puedo servirle?

—Se trata de unos terrenos situados en Dry Hills y que pertenecieron a un hombre llamado Ron Coughlin. Usted, como abogado, intervino en la venta.

Rose May asintió.

—Por orden de mi cliente —respondió.

—¿Puedo saber su nombre?

—Lo siento, sargento. No estoy autorizada a revelarlo.

—Supongo que sería una transacción legal. Por tanto, habrá constancia en el Registro.

—No conseguiría nada. Por el momento, figuro yo como propietaria de esos terrenos.

Ball arqueó las cejas.

—Mi cliente me lo pidió así —añadió Rose May—. No vi motivos para negarme a ello, puesto que es un asunto completamente legal. Sí, ya sé que dirá que actúo como una mujer de paja, pero no le concedo ninguna importancia, puesto que conozco a mi cliente y sé que es incapaz de hacer nada que pueda ser castigado por la ley.

—Quizá no resulte demasiado ético —apuntó Ball.

—¿Por qué no? Se trata de una compra de terrenos, algo que sucede cada día. Además, manteniendo en secreto el nombre de mi cliente, evito la especulación de las tierras colindantes. A veces, empresas poderosas compran tierras y ocultan su identidad, precisamente por los mismos motivos.

—Es posible que tenga razón, aunque, si he de serle sincero, el precio pagado por aquellas tierras me parece muy bajo.

Rose May sonrió ligeramente.

—No valían más, créame, a pesar de todo lo que puedan haberle dicho —contestó.

—Usted es la experta y no yo —dijo Ball—. ¿Hizo usted personalmente la transacción?

—No, aunque sí me ocupé de la parte burocrática. Tengo un

colaborador que actúa en determinados casos. Se llama Edward Mahaw y puedo darle su dirección, si así lo desea.

—La tengo, gracias.

Ball se puso en pie.

—Ha sido una conversación muy instructiva —dijo.

—Si desea algo más de mí, sargento...

—¿Está libre para cenar esta noche conmigo?

Rose May primero se sorprendió. Luego se echó a reír.

—Ese no parece un comportamiento muy apropiado para un policía —dijo.

—Ah, por lo visto, los policías no son hombres, no pueden admirar a las mujeres hermosas, ni invitarlas a cenar...

—Es usted terrible, amigo mío. Lo siento, hoy no puede ser. Tal vez, otro día.

—Con permiso de su marido, claro.

—No lo tengo.

—Alguien se ha perdido una cosa infinitamente valiosa. Gracias, señora Skimmer. He tenido mucho gusto en conocerla.

—Digo lo mismo, sargento.

Ball abandonó el despacho de Rose May y salió a la calle. Por un momento, pensó en volver a su casa, pero luego vio que tendría tiempo y decidió hacer una visita a cierta persona que había estado relacionada con la víctima. Merecía la pena, se dijo, mientras subía al coche y lo ponía en movimiento.

CAPÍTULO III

Era una joven de cara pálida, pelo muy claro y figura esbelta, con un niño da pocos meses en los brazos. Ball arqueó las cejas al verla.

—Quizá me he equivocado —dijo—. Busco a Peggy Carrel.

—Yo soy —contestó ella.

Ball vaciló unos segundos. Luego enseñó su placa.

—Sargento Ball —se presentó—. ¿Puedo hablar con usted, señora Carrel?

—Soy soltera —advirtió Peggy—. Entre, sargento.

La casa era pequeña, modesta, pero muy bien cuidada. Encima de una consola, Ball divisó el retrato de un hombre joven y bien parecido, en marco de plata. Inmediatamente, captó el parecido fisonómico del hombre con la muchacha que le había visitado aquel día en su oficina.

Se acercó al retrato y lo estudió unos momentos.

—Era Ron Coughlin —dijo al cabo.

—Sí.

Ball se volvió y contempló al niño.

—Es hijo suyo—añadió Peggy.

De pronto, Ball comprendió por qué Telma se había puesto colorada al mencionar el nombre de Peggy.

—Lo siento —dijo.

—Empiezo a acostumbrarme, sargento.

—Comprendo.

—Íbamos a casarnos cuando el negocio estuviera en pleno funcionamiento —aclaró ella.

—¿Qué les impedía hacerlo ahora?

—Ron decía que no podría atenderme como quería.

—¿Le creyó usted?

—Le amaba con toda mi alma.

—Es lamentable —dijo Ball—. ¿Cree que Ron vendió las tierras?

—Si lo hizo, fue bajo amenazas.

—¿Qué clase de amenazas?

—Yo. Y el niño.

Ball contempló al chiquillo unos instantes.

—Es precioso —sonrió—. ¿La amenazaron directamente o por teléfono?

—Vino un hombre a verme. Dijo que convenciera a Ron para vender las tierras.

—¿Qué le contestó usted?

—Era asunto de Ron. Ron sabía cuidarse de si mismo. Pero el hombre dijo que quizá no pudiera cuidar a su hijo.

—Y eso la asustó y habló con Ron.

—Sí. Se puso muy furioso y dijo que iba a romperle todas las costillas al hombre que me había amenazado.

—¿Lo conocía?

—No lo sé, no me lo dijo.

—¿Qué aspecto tenía el individuo? ¿Lo recuerda?

—Sí. Es difícil de olvidar un tipo como aquél. Era terriblemente robusto, con una frente muy deprimida y una sonrisa horrible.

—Simiesca.

Peggy asintió.

—Parecía un gorila vestido con ropas de hombre. Sin embargo, se expresaba con gran corrección y, pese a sus amenazas, se portó educadamente en todo momento.

—Gracias, señorita. —Ball acarició las tersas mejillas del niño—. Es un chico precioso. ¿Vendió Ron por fin sus tierras?

—Dijo que no vendería a ningún precio y me hizo abandonar la ciudad aquella misma noche. Una semana después, me enteré de su muerte.

—Haremos todo lo posible por encontrar al asesino.

—Eso no devolverá su padre a mi hijo, sargento.

Ball se sorprendió de la dureza de aquella respuesta.

—Evidentemente -dijo—. Pero, ¿acaso prefiere que su muerte quede impune?

—Quizá ustedes podían haber hecho algo... Dijo que iba a denunciarlo a la Policía...

—Es la primera noticia que tengo.

—Discúlpeme. —Peggy dejó al chiquillo en el suelo y se pasó una mano por la frente—. Todavía no he podido acostumbrarme a la falta de Ron.

—Es comprensible.

Ball se encaminó hacia la puerta. Desde allí, se volvió y miró a la joven.

—En la inmensa mayoría de las ocasiones, los policías actuamos cuando ya se ha consumado el delito. El mundo es así y no podemos hacerlo de otra manera.

Abrió la puerta y salió, muy deprimido. ¿Cómo era posible que existiesen hombres capaces de hacer daño a un niño de menos de un año?

Pero existían y el que había amenazado a Peggy era uno de ellos. Ball lo conocía muy bien.

—Mañana te haré una visita, Keno Liggs —murmuró.

Ball y su ayudante Grannath tuvieron una conferencia al día siguiente, en el despacho del primero. Grannath confesó que había encontrado muy poca cooperación por parte de los «muchachos».

—Algo les obliga a mantener la boca cerrada —dijo—.

No sé qué es, pero cada vez que hablaba con uno de ellos, parecía que le mencionase a Drácula y Frankenstein juntos. Están muertos de miedo, créeme.

—Extraño, ¿no?

—Algo pasa, Hart. Todos parecen palomas con un halcón revoloteando por encima del palomar. Habrá que tener paciencia, no le veo otra solución.

—Tendremos paciencia —dijo Ball, sin inmutarse—. Morty hoy quiero que veas a Edward Mahaw. Había con él y sonsácale lo que puedas.

—Está bien. ¿Eso es todo?

—Yo tengo que hablar con un tipo llamado Keno Liggs.

Grannath respingó.

—¡Demonios! Menos mal que eres tú el que tiene que hacerlo. Yo no hablaría con ese tipo por todo el oro del mundo.

Ball sonrió. Grannath era un muchacho joven, bien parecido, pero nada atlético. Se comprendía su pavor al oír mencionar solamente aquel nombre.

—No te preocupes, eso queda de mi cuenta —dijo.

—Ten cuidado. Ya sabes cómo le llaman, ¿verdad?

—«La Bestia».

—Merece el nombre, más que ninguno. A veces dudo de que haya podido nacer de un hombre y una mujer. Algún científico loco lo creó y luego se le fue de las manos.

—Como Frankenstein.

—Frankenstein era un pardillo comparado con Liggs. ¿Has hecho testamento, Hart?

Ball se echó a reír.

—No seas lúgubre —dijo.

Estudió un rato el expediente de Coughlin y luego abandonó su oficina. Media hora más tarde, llamaba a una puerta.

Esperó unos momentos. Alguien se acercaba pesadamente y atisbo por la mirilla. Ball se preparó para lo que sabía iba a ocurrir.

Liggs tenía un odio patológico hacia los policías. Abrió la puerta de golpe y disparó un puño que parecía un saco de patatas. Ball dio un paso hacia atrás y movió la varilla de hierro forrada de cuero, que solía llevar sujeta a la pantorrilla derecha.

El hierro golpeó los nudillos del simiesco individuo. Liggs emitió un rugido de dolor.

Ball le dio un golpe en la nariz. Liggs retrocedió tambaleándose.

—¿Quieres que siga? —preguntó el joven.

Con las manos en la cara, Liggs le miró aviesamente.

—Lárguese —contestó.

Ball empezó a darse golpecitos con la varilla en la mano izquierda.

—Keno, estoy aquí para charlar contigo —manifestó—. No me vengas con cuentos; quiero respuestas y las tendré

—Si me maltrata le demandaré...

—Me atacaste y me defendí. ¿Quién te hará caso?

De súbito Liggs disparó el pie derecho. Ball le atacó la espinilla de aquella pierna. El rufián gritó, se dobló en el suelo y se agarró la pierna con ambas manos.

—No lo sé —dijo—. Alguien me llamó y me pidió que amenazara a la chica.

—¿Hombre o mujer?

—Hombre. Luego, al día siguiente, me llegó un sobre por correo, con doscientos cincuenta dólares.

Ball asintió. Era el método habitual de Liggs. Nunca había querido comprometerse permanentemente con ningún jefe de banda. Prefería operar por su cuenta.

De todas formas, se dijo, le haría pagar el mal rato que había hecho pasar a Peggy Carrel. Se acercó a una consola, abrió un cajón y sacó una pistola.

—Levántate —dijo—. Estás arrestado.

—¿Por qué? Tengo licencia...

Ball disparó un tiro.

—Has intentado asesinarme —contestó—. ¡Arriba!

Liggs tenía la boca abierta. Ball se echó la pistola al bolsillo y movió una mano hacia la puerta.

—Vamos, camina.

Cuando el sujeto pasaba por delante de él, sacó las esposas,

—Pon las manos a la espalda —ordenó.

Liggs estaba tan aturdido, que no fue capaz de reaccionar. Ball lo empujó hacia la salida.

Momentos después llegaban a la calle. Súbitamente Liggs emitió un atroz rugido. Tensó sus músculos y la cadena que unía ambas argollas de metal saltó con un fuerte chasquido.

Ball se echó hacia atrás. Había una luz de demencia en los ojos del simiesco individuo. En aquel instante, comprendió que Grannath le temiese.

Sin embargo, Liggs no le atacó, sino que echó a correr, con una rapidez que muy pocos habrían creído capaz en un hombre con un corpachón semejante. Saltó a la acera y empezó a cruzar la

calle, justo cuando llegaba un pesado camión, cuya bocina emitió un tonante aviso.

Liggs vio el enorme vehículo y quiso dar marcha atrás, pero ya era tarde. La aleta delantera le golpeó lanzándole a un par de metros de distancia, mientras los frenos chirriaban horriblemente. El matón quiso levantarse, pero la rueda izquierda delantera estaba ya sobre él.

Ball volvió la cabeza para no contemplar aquel espantoso espectáculo. Cuando el camión se detuvo al fin, cuarenta metros más adelante había en la calzada un largo rastro de sangre y una cosa horriblemente destrozada, en la que resultaba imposible reconocer a un ser humano.

* * *

Thelma Coughlin le llamó por teléfono aquella tarde. —Tengo una noticia interesante para usted —dijo.

—Muy bien, suéltela.

—¿Por qué no viene a mi casa? Estoy esperando una llamada de larga distancia y no querría que me encontrasen fuera.

—Pensé que se hospedaba en algún hotel...

—Tengo el apartamento de mi hermano.

—Muy bien, iré allí lo más pronto que pueda.

Media hora más tarde Thelma le abrió la puerta.

—Entre —invitó—. He preparado café. A menos que prefiera algo más fuerte.

—Podemos buscar una solución de compromiso —sonrió él.

—¿Cómo?

—Mitad y mitad.

—Ah, café y whisky a partes iguales.

—Sí, pero separados.

Telma lanzó una breve carcajada.

—Muy bien, en seguida estará todo listo. Pero permítame que le diga que yo siempre pensé que un policía no bebía estando de servicio.

—Eso es un infundio propagado por los partidarios de la ley seca. Una copita sienta bien, siempre que no se abuse.

—Usted es partidario de aquel viejo aforismo: *Vinum laetificat cor hominis*. ¿eh?

Ball puso cara de idiota.

—No entiendo el alemán —dijo.

—Es latín y significa: «El vino alegra el corazón del hombre».

Ahora vengo.

—¡Qué mujer! —murmuró Ball al quedarse solo—. Sabe latín y todo.

Thelma volvió minutos más tarde. Después de tomar el café, Ball llenó una copa.

—Venga la noticia —solicitó.

—Mi hermano, como ya sabe, quería montar un parador: motel, cafetería y estación de servicio. Estaba convencido de que iba a ser un buen negocio. Es más, incluso había encargado ya los planos.

—Parece lógico. ¿Qué más?

El teléfono sonó en aquel momento.

—Disculpe, es la llamada que estaba esperando —dijo Thelma.

La muchacha se levantó. Estuvo hablando casi diez minutos y al terminar, se volvió sonriendo a su visitante.

—Lamento haberle hecho esperar, pero es algo muy importante para mí. Estoy en vías de publicación de un libro y lo he discutido con el editor.

—Alí, escritora, además de maestra.

—El libro versará sobre tenias pedagógicos. Bueno, me gradué en Filosofía y... Pero estábamos hablando de los planos de! parador.

—Sí, en efecto,

—Encontré al arquitecto que los trazó y que, lógicamente, iba a encargarse de la obra. Hablé con él extensamente, quería saber que proyectos tenía mi hermano, qué le había dicho sobre el asunto... Me contó cosas de cierto interés y luego me dio una noticia que me dejó petrificada.

—¿De veras?

—Hace un par de semanas alguien entró en su estudio. Lo revolvió todo, pero no era un ladrón vulgar, porque no se llevó nada de valor. Cuando el arquitecto hubo ordenado el caos, encontró a faltar los planos del parador. ¿Qué le parece?

Ball se pellizcó el labio inferior.

—Tengo la sensación de que es un asunto de una envergadura muy superior a la que se pensó en un principio —contestó—. ¿Me permite que le haga una proposición?

—Por supuesto. ¿De qué se trata?

—Me gustaría conocer los terrenos en donde su hermano iba a construir el parador. ¿Quiere acompañarme mañana por la mañana?

—Sí, con mucho gusto.

Ball se puso en pie.

—Estaré a las nueve en punto —prometió.

Ella le tendió la mano.

—Hasta mañana.

—Traeré mi propio coche —se despidió él.

CAPITULO IV

Entró en el local, muy animado a aquellas horas y, sorteando mesas, clientes y camareras escasamente vestidas, se acercó al mostrador. En el escenario una cantante interpretaba una balada que no parecía interesar demasiado a la gente. Ball agitó la mano y una «barmaid» se le acercó en el acto.

—¿Dónde está? —preguntó.

—En su despacho —respondió la mujer, que ya le conocía.

—Es raro. Tendría que estar aquí...

—Tiene una visita, no sé más. Pero esos tipos no me gustan.

Ball sintió una especie de timbre de alarma en el interior de su cerebro. Sin pronunciar una palabra, abandonó la barra y buscó la puerta que conducía al interior del local.

Al otro lado había una escalera de hierro, que permitía el acceso al primer piso. Subió los escalones de dos en dos y llegó a una puerta en la que se veía un cartel:

S. FETTERMAN. PRIVADO

Empujó ligeramente. En aquel instante, oyó un chasquido y un grito de dolor.

—Firma, zorra —dijo una voz malhumorada.

—Eso es un robo —protestó la mujer.

Ball abrió un poco más. Ninguno de los presentes parecía haberse dado cuenta de que les estaba viendo y oyendo.

La mujer era muy guapa, de unos treinta y cinco años con el pelo que parecía un casco de bronce y una silueta arrebatadora, en aquellos instantes, su vestido de fiesta aparecía desgarrado por la parte superior y los hermosos senos habían quedado al descubierto. Uno de los sujetos la tenía asida por los cabellos con la mano izquierda, mientras que con la derecha empuñaba una afilada navaja, cuya punta se apoyaba en el seno del mismo lado.

—La cara quedará bien, pero este bonito globo puede pincharse —dijo cínicamente.

El otro tenía un papel frente a la dueña del local. Ball entró sin hacer ruido.

Ella le dirigió una mirada agónica. El joven hizo un leve gesto.

--Caballeros... —dijo, tras un ligero carraspeo.

El hombre que tenía al papel se volvió. Ball le metió el pulgar en el ojo izquierdo y el sujeto se olvidó de todo a partir de aquel instante. El otro torció la boca.

—Un mal gesto y le destrozo el pecho a esta golfa —amenazó.

Impasible Ball sacó su pistolón y apuntó directamente a la cabeza del sujeto.

—Tienes exactamente tres segundos para tirar la navaja —dijo—. No habrá cirugía estética si tus sesos se estampan contra la pared que hay detrás de ti

El hampón cogió miedo y tiró la navaja como si hubiera sido una culebra venenosa. Ball movió la mano izquierda.

Ven aquí.

El sujeto obedeció. Cuando llegó a su altura, Ball movió la mano derecha con todas sus fuerzas. La culata y el tambor del arma se estamparon contra la cara del matón, que lanzó un atroz rugido y cayó de rodillas al suelo.

El otro empezaba a reaccionar. Ball le arreó un tremendo puntapié en la entrepierna y lo hizo saltar tres metros hacia atrás.

—¿Estás bien, Susie?

—Empiezo a recobrarme —contestó ella.

—Lo celebro.

Ball registró a los dos hampones y les despojó de sendas pistolas. Luego los arrastró hasta el exterior del despacho despidiéndoles con sendos puntapiés en las posaderas.

—Vas a tener que comprarme un par de zapatos nuevos —dijo alegremente, después de cerrar la puerta.

—Has llegado como al Séptimo de Caballería de un solo jinete —sonrió ella—. Sirve dos copas, ¿quieres?

—Encantado. Oye, ¿qué buscaban esos tipos?

—Querían hacerme firmar una póliza de «seguro» por quinientos semanales. Ni que estuviera loca habría firmado... Excepto cuando amenazaron con marcarme.

Ball le entregó una copa.

—¿Sabes los nombres?

—Rastee Smith y Keith Borglum. Vinieron en nombre de Phil Bane. Parece que Bane tiene la intención de meterse a la población en el bolsillo.

—Lo evitaremos —dijo Ball lacónicamente—. Déjalo de mi cuenta, hermosa. Y ahora, dime, ¿sabes algo del caso Coughlin?

—¿Por eso estás aquí, Hart?

—Sí.

—Ni palabra, oye.

—Es una lástima.

—Sólo sé lo que publicaron los periódicos. Me gustaría ayudarte, créeme.

—Lo sé. Gracias. —Ball sonrió—. Todavía no te has cubierto —añadió.

Susie le guiñó un ojo.

—A veces, gusta un poco de «ventilación» —contestó—. ¿Tienes prisa?

—Ninguna, hasta las ocho de la mañana.

Susie se subió los tirantes del vestido, abrió un cajón, extrajo una llave y se la lanzó a su visitante.

—Ya conoces el camino —dijo—. Tardaré todavía un buen rato, pero tengo un televisor con video y un montón de «cassettes» con películas.

—¿Porno?

—No tengo tan mal gusto. Prefiero las del Oeste o policíacas.

—¿Hay alguna de ciencia ficción?

—«La Guerra de las Galaxias».

—¡Magnífico! Eso hará la espera más fácil.

Susie abrió una puerta lateral, de la que partía una escalera que conducía al ático. Subió a las habitaciones privadas de la dueña del local, se quitó la chaqueta, se aflojó el nudo de la corbata. Fue a la cocina, puso la cafetera al fuego y cuando tuvo un pocillo de café en la mano, colocó una cinta en el video y lo conectó. Instantes después repantigado en un cómodo butacón, estaba contemplando las imágenes de la famosa película de ciencia ficción, género al que era muy aficionado.

A pesar de todo no pudo evitar un pensamiento que acudió a su mente de forma involuntaria: el caso en que estaba metido no tenía nada de ficción y sí mucho de amarga realidad.

* * *

Estaba en lo más profundo del sueño, cuando, de repente, Susie le dio un fuerte codazo.

—Hart, despierta —dijo—. Me parece que pasa algo.

Ball rezongó entre dientes y se sentó en la cama. La habitación estaba a oscuras, pero entraba algo de luz por la ventana que no tenía las cortinas corridas y entreabierta a fin de facilitar la ventilación.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—He oído un fuerte portazo... como si alguien se hubiese apeado de su coche y hubiera cerrado de golpe... Esto no es corriente a estas horas...

Ball consultó su reloj.

—Las cinco y media de la mañana —murmuró.

De pronto, oyó un extraño sonido, el golpe de un metal contra algo muy duro. Al pie del edificio sonó un gruñido de protestas.

—¿Por qué no has traído una trompeta para anunciarlo, Rastee?

Ball oyó aquel nombre y saltó inmediatamente de la cama, corriendo a continuación hacia la silla donde había dejado el arnés con la pistola. La sacó de la funda y, sin preocuparse de su desnudez, se acercó a la ventana.

Sacó medio cuerpo. Casi debajo de él, había dos sujetos entregados a una extraña operación. Uno de ellos sostenía una lata de metal en las manos, manteniéndola inclinada para verter su contenido en el embudo situado en una botella de cristal. Había dos botellas más vacías, y Ball comprendió en el acto las intenciones de los sujetos.

Susie había rechazado pagar la cuota de protección que un desalmado había querido fijarle. Ahora iban a pegarle fuego al local como represalia y para que el golpe tuviera éxito, lo incendiarían por varios puntos a la vez.

En el suelo había un bulto blanco. Era algodón, que mojarían en la gasolina y, sujeto al gollete de la botella, permitiría su lanzamiento desde una distancia prudencial. A las cinco y media de la mañana, no había una sola alma despierta en cientos de metros a la redonda.

Ball no se molestó en avisar a los hampones. Tomó puntería y disparó un tiro a la lata, perforándola en el acto.

La detonación sobresaltó terriblemente a los dos sujetos. La gasolina empezó a derramarse por los dos agujeros. Ball destrozó una botella llena con el segundo disparo. El tercero rebotó en el cemento, levantó unas cuantas chispas y el combustible -derramado se inflamó instantáneamente.

Una de las botellas explotó como una bomba. Rastee fue alcanzado de lleno por la brutal llamarada y gritó horriblemente. Envuelto en llamas, corrió desesperadamente, mientras su compinche, aterrado, escapaba sin preocuparse para nada de ayudarlo.

Rastee cayó veinte metros más adelante, convertido en una antorcha humana. Ball hizo crujir sus mandíbulas.

—Susie.

—Dime, Hart —contestó ella con voz temblorosa.

—No has visto nada, no has oído nada, hasta que ese tipo empezó a chillar. Crees que vinieron a quemarte el local, pero que la gasolina se inflamó accidentalmente. ¿Has entendido?

—Sí... lo diré así...

Ball se retiró de la ventana y corrió las cortinas. Muy lejos, se oía el estridente aullido de una sirena policial.

—Esta mañana tengo que hacer un corto viaje —dijo mientras

empezaba a ponerse los pantalones—. Espero regresar a tiempo de darle una buena lección a Phil Bane.

—Es un tipo muy duro, carente de conciencia...

—Ha cometido un error: quiso hacerte daño. Debería haberte dejado en paz —contestó él ceñudamente.

* * *

El coche se detuvo en la explanada y sus dos ocupantes se aparearon sucesivamente. Ball contempló la casa, cerrada, cuyo aspecto distaba mucho de ser satisfactorio. Claro que, se dijo, estaba destinada a ser destruida apenas se iniciasen las obras del nuevo parador.

El trazado primitivo de la carretera era muy deficiente. Se comprendía que se hubiera planeado una desviación. Un parador, en aquellos lugares, donde no había otro en veinticinco millas a ambos lados, tenía que ser a la fuerza un negocio sumamente rentable.

—De modo que éstas son las tierras que poseía su hermano—dijo al cabo de un buen rato.

—En efecto. Las compró hace años, a muy buen precio, antes de que se oyera hablar del desvío de la carretera. Pensaba establecerse como granjero en un principio, pero luego desistió y planeo la construcción del parador —explicó Thelma.

—Fue una idea magnífica.

—Sigue siéndolo.

—Usted opina que Ron no vendió.

—No. El contrato es una falsificación.

—Habría que demostrarlo.

—Se puede hacer una demanda y pedir que lo examinen unos expertos.

—¿Con fotocopias solamente? No admitirían la demanda; tienen que ser los documentos originales.

—Algún modo habrá de conseguirlo, ¿no cree?

—Tendremos que estudiarlo. Antes me dijo que su hermano vivía aquí últimamente

—En efecto. La casa pertenecía al primitivo propietario de las tierras y él la reacondicionó como vivienda. Había alquilado una explanadora y estaba allanando los terrenos por su cuenta. Así se ahorra un salario por lo menos.

—Pensé que viviría con Peggy Carrel.

Thelma apretó los labios.

—¿Qué le pasa? —preguntó Ball—. ¿No simpatiza con Peggy?

—Nunca me gustó —repuso ella, con no poca violencia interior—. ¿Sabe qué hacía antes de conocer a mi hermano?

—Si una persona no ha cometido un delito, nunca me preocupo por su pasado —dijo Ball con aire sentencioso.

—Trabajaba en un local de «strip-tease»...

—Amaba a su hermano y le dio un hijo.

—No estaban casados.

—Vamos, vamos, Thelma no sea tan puritana. Pensaban casarse, ¿no es cierto?

—Como Ron está muerto habrá que admitirlo. Pero ya llevaban tres o cuatro años de relacionas. ¿Por qué no lo hicieron antes?

—Convendría que fuese a visitar a Peggy y se lo preguntase.

—¿Yo? —dijo ella, con visible repugnancia—. ¿Hablar con esa...?

Ball la agarró por un brazo y la empujó suavemente.

—¿Está en condiciones de tirar la primera piedra?

Thelma se mordió los labios.

—¿Por qué ha sacado a relucir un tema tan desagradable?

—Porque su hermano murió a causa de que no quiso ceder a las amenazas lanzadas contra la mujer a la que amaba y a su hijo. Peggy le quería y siente aún más que usted la falta del ser amado. Debería haberla visitado y ayudado a pasar los malos momentos. No es usted muy caritativa que digamos, Thelma.

—Tengo mi modo de pensar...

—Absolutamente reprochable —dijo él con crítico acento.

Thelma se paró de pronto.

—Escuche —gritó—. No estamos aquí para discutir mi comportamiento, sino para tratar de encontrar al asesino de mi hermano. Ocúpese de este asunto, que es mucho más importante que mis opiniones. ¿Está claro?

—Clarísimo. Pero me ha decepcionado —contestó Ball tristemente—. Recuerdo a una muchacha encantadora, preciosa, de sonrisa cautivadora, hace algunas semanas, en la piscina del hotel... Parecía un hada en traje de baño y ha resultado ser un puerco espín.

—Eso no me importa en absoluto —exclamó ella con aspereza—. Lo que quiero es...

—Sé lo que quiere —cortó el joven—. Bueno, vamos a ver si en la casa encontramos algo que pueda servirnos de pista.

—No tengo llave.

—Yo, sí.

Ball llegó ante la puerta y la hizo saltar de un fuerte puntapié. Luego se echó a un lado.

—Puede pasar —sonrió.

CAPITULO V

El interior de la casa estaba en orden, aunque para la mirada experimentada del sargento era evidente que alguien la había registrado minuciosamente. En ninguna parte pudo encontrar nada que le permitiera avanzar en sus deducciones. Al fin, un tanto frustrado, fue a la cocina, encendió la hornilla, llenó una cafetera y la puso al fuego. Thelma vino al poco, con paso inseguro.

—Señor Ball...

—Puede llamarme Hart —dijo él, sin volverse.

—Gracias. Estaba pensando... Creo que no me he portado demasiado bien con usted... Me sentía un poco nerviosa; normalmente, suelo ser más... ponderada...

—No se preocupe. Todos necesitamos desahogarnos en alguna ocasión.

Ball se volvió y sacó cigarrillos.

—¿Quiere?

Ella denegó con la cabeza.

—Insisto. Ron no vendió.

—Hay un contrato firmado. ¿Qué le hace pensar que no vendió?

—Me escribió una semana antes de su muerte. Conservo la carta y decía que no pensaba vender en absoluto.

—Para un tribunal, sin más pruebas, la carta no pasa de ser la expresión de un determinado modo de pensar. Si no vendió y el contrato fue falsificado, habrá que probarlo de forma que no haya lugar a dudas.

—¿Por qué no habla con la abogada Skimmer y le pide que le enseñe el contrato?

—Lo haré —prometió él.

De pronto, se oyó un estruendo distante. Ball se volvió y a través de la ventana de la cocina, divisó a lo lejos un extraño vehículo.

—Es una explanadora —dijo.

El café ya estaba hecho y llenó dos pocillos. El ruido de la máquina se hizo más intenso, pero ninguno de los dos hizo caso, abstraídos en sus pensamientos.

Repentinamente, Thelma lanzó un grito, a la vez que tendía la mano hacia la ventana:

—¡Hart, se nos echa encima!

Ball giró en redondo. La explanadora, como un monstruo antediluviano, arremetía directamente hacia la casa. Oyó claramente el acelerón del motor y se le pusieron los pelos de punta.

Pero era hombre de rápidas decisiones. Agarró a la muchacha por una mano y tiró de ella hacia la puerta. Cuando la cruzaban, oyó el estruendo de una pared que se hundía bajo el irresistible empuje de la máquina.

Furioso, dio media vuelta a la casa y se paró a pocos metros de la explanadora.

—¡Pare esa maldita máquina! —gritó a voz en grito.

El operario le dirigió una mirada de indiferencia y se encogió de hombros. Había retrocedido para tomar impulso y manejó los controles. El cambio de machas se oyó claramente.

Ball decidió cortar por lo sano. Sacó el revólver y disparó un tiro al aire.

—¡Corte el contacto ahora mismo o le destrozo el motor a tiros!

El hombre, asustado, obedeció. Ball se le acercó, con la pistola en la mano.

—Baje de ahí, idiota —ordenó—. Estábamos dentro y usted casi nos mata...

—Yo no sabía nada... —La desdeñosa actitud del operario se había trocado en una expresión de verdadero pánico—. Por favor, no dispare; yo no hacía más que cumplir ordenas...

—¿Cumplir órdenes? ¿De quién?

—Del dueño, supongo. Dijo que debía derribar la casa...

—¿Dónde está ese hombre?

—Mírelo, por allí va.

Ball giró un poco la cabeza. A doscientos pasos de distancia se divisaba un coche que rodaba velozmente por el camino que conducía a la carretera, dejando una espesa nube de polvo como estela. Ball lanzó una maldición y se encaró de nuevo con el conductor.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—No lo sé.

—¿De modo que trabaja para el dueño de estas tierras y no conoce su nombre...?

—Bueno, yo soy empleado de una empresa de derribos y explanaciones. Me dijeron que debía estar hoy aquí y que ya vendría alguien a darme instrucciones. El tipo llegó, me dijo que debía derribar la casa y retirar los restos y eso es lo que me dispuse a hacer. Pero no tenía intenciones de causarles daño, créame.

Ball guardó el revólver de nuevo.

—Está bien, le creo —dijo—. Thelma, ¿qué opina usted?

Ella hizo un gesto de desaliento.

—Oficialmente, la casa no es mía —respondió.

—De acuerdo. Siga con su trabajo, amigo.

Ball agarró de nuevo el brazo de la joven.

—Será mejor que emprendamos el regreso —propuso.

—Como quiera.

—Espere —dijo él de pronto—. He olvidado algo... ¡Eh, buen hombre!

El operario estaba ya de-nuevo en su cabina.

—Sí, señor.

—¿Recuerda al tipo que le dio las órdenes? ¿Cómo era?

—Bueno, yo diría que tiene unos cuarenta años... Vestía muy atildado y lleva lentes con cerco de oro. Es mucho menos corpulento que usted y debe medir alrededor de un metro setenta.

—Gracias. Eso es todo.

Momentos después, estaban en el coche.

—Sospecho quién pueda ser el tipo que ordenó destruir la casa. Lo confirmaré con mi ayudante —dijo él, cuando ya se dirigían hacia la carretera.

—Es una buena pista —convino la muchacha—. Oiga, he visto su pistolón... Parece una pieza de artillería...

Ball sonrió.

—Es un viejo «cuarenta y cinco», cuidadosamente restaurado, aunque le hice cortar cinco centímetros de cañón.

—Eso puede derribar a un hombre, aunque sólo sea el silbido de la bala, ¿no?

—Para mí, es una especie de seguro de vida, créame.

—Por lo que he visto, no le cuesta mucho sacarlo de su funda.

—El tipo de la máquina no se habría parado sólo con mis voces, si es eso lo que quiere decir. Y, recuerde, por poco nos destroza a los dos.

—Pero no lo hizo intencionadamente.

—Hombre, sólo habría faltado eso...

Ball se sentía de mal humor, sin conocer exactamente las causas. El hecho de tener a! lado a la muchacha que tanta impresión le había causado semanas antes, no mejoraba en absoluto su estado de ánimo. Maldijo entre dientes, preguntándose por qué habían tenido que encargarle un caso que parecía insoluble.

Pero no tenía más remedio que seguir adelante.

* * *

—Por la descripción, es Edward Mahaw, el ayudante de Rose May Skimmer —dijo Grannath aquella misma noche.

—Gracias, Morty. Mañana iré a ver a ese tipo.

—Hart, ¿qué diablos hacia Mahaw en las tierras de Coughlin?

—La abogado representa al propietario. Quizá le encargaron ocuparse también de las obras.

—Es posible. ¿Tienes algo más para mí?

—Hoy no. Descansa, Morty.

Ball colgó el teléfono, fue a la cocina y se preparó la cena. Después se distrajo un rato con la televisión. A las diez de la noche, se le ocurrió una idea y usó el teléfono nuevamente.

El hombre que estaba al otro lado le dijo que tendría todo listo para la una de la madrugada.

—¿Habrà visibilidad, Joe? —preguntó Ball.

—Hay luna llena.

—Gracias. Espérame allí.

—Falta un detalle, Hart.

—Dime, Joe.

—Dos mil dólares.

—Los tendrás, no te preocupes.

Ball cortó la comunicación y se sentó nuevamente en la butaca. Pasada una hora, se levantó, salió a la calle y tomó un taxi, al que le dio determinada dirección.

Eran las once de la noche cuando vio salir a dos hombres de un local nocturno y se agazapó en el asiento posterior de un coche que no era el suyo. Momentos después, los dos individuos se metían en el vehículo, que arrancó de inmediato.

Ball se incorporó lentamente y puso el cañón de su «45» en la nuca del hombre situado a la derecha del conductor.

—No te muevas, Phil Bane —dijo—. Si pestañeas siquiera, te vuelo la cabeza.

El sujeto se estremeció. Keith Borglum, al volante, volvió un poco los ojos.

—Atiende al coche —ordenó Ball ásperamente.

Borglum obedeció. Bane preguntó:

—Oiga, ¿quién es usted? ¿Qué diablos pretende?

—Me llamo Ball. ¿Le suena el nombre?

Bane se agitó, inquieto.

—Sargento, creo que podríamos arreglar las cosas como personas civilizadas.

—Déme su cartera —pidió el joven lacónicamente.

Bane obedeció: Ball la abrió rápidamente y sonrió satisfecho.

—Ha sido un buen día para su compañía de «seguros» ¿verdad?

—Sargento, ahí tengo más de cuatro mil dólares. Quédeselos y...

—Keith, toma la salida Sur de la ciudad —ordenó Ball.

Minutos más tarde, rodaban velozmente fuera del casco urbano. Bane se sintió muy inquieto.

—Por todos los diablos, esto es un secuestro. Puede costarle muy caro, Ball. Usted es un policía...

—No lo olvido, Phil...

—Y un policía no puede...

—Estoy seguro de que usted será comprensivo y no les dirá nada a mis jefes —sonrió el joven—, Keith, dos kilómetros más adelante hay una desviación a la derecha. Tómala y sigue hasta el aeropuerto privado que hay al final.

—Sargento —dijo Bane—, admito que cometí una imprudencia al molestar a su amiga, pero ya no ocurrirá más. Por otra parte, uno de mis muchachos murió...

—Lástima que el otro esté vivo aún —contestó Ball ceñudamente. Minutos más tarde, el coche se detenía ante un pequeño edificio, en el que sólo se veía una ventana iluminada. Un hombre salió a su encuentro.

—¿Hart?

—Sí, Joe.

Ball se apeó del coche y encañonó a los dos hampones. Bane y su esbirro bajaron con las manos en alto.

—Joe, seguramente, tienen pistolas. Quítaselas —dijo.

Joe Potter obedeció. Luego, Ball movió su revólver.

—Caminen delante de mí. Joe, cuando gustes.

Potter corrió hacia un esbelto bimotor que había parado en las inmediaciones. Bane se sintió lleno de pánico al ver que iba a ser obligado a subir al avión.

—Pero, ¿qué diablos pretende? —chilló— Esto es ilegal...

Ball le puso el revólver en la cabeza.

—Una sola palabra más y aprieto el gatillo. ¡Silencio, a callar hasta que le permita despegar los labios!

Borglum parecía aterrado y no se atrevía a pronunciar una sola palabra. Ball hizo que los dos sujetos ocupasen sendos asientos y, para mayor seguridad, sujetó sus muñecas con unas esposas.

El avión despegó y ganó altura. Ball abrió la cartera y examinó su contenido. Estaba llena de papeles y, además, había unos cuantos fajos de billetes.

Cuando terminó el examen, fue a la cabina.

—Joe, ¿puedo abrir la ventanilla?

Potter hizo un gesto de aquiescencia. Ball descorrió el vidrio y lanzó al espacio los documentos y gran parte de los billetes. La cartera siguió el mismo camino. Cuando terminó, puso en las manos del piloto dos fajos de billetes de Banco.

—Cuenta saldada —dijo.

Potter sonrió. Luego, Ball se sentó a su lado y contempló el fascinante espectáculo que era la tierra vista desde las alturas y con luna llena.

Hora y media más tarde, Potter redujo gases y empezó a perder altura. A poco, sacó el tren y, momentos después, las ruedas

tocaron el suelo liso de un lago seco cientos de miles de años antes. Cuando el avión se hubo detenido, aunque con los motores al «ralenti», Ball fue a la cabina de pasajeros y quitó las esposas a los dos involuntarios pasajeros.

—¿Qué va a hacer ahora con nosotros? —preguntó Bane.

—Ahora lo sabrán, levántense.

Bane y el otro obedecieron, siempre bajo la amenaza del revólver. Ball abrió la portezuela.

—¡Salten!

Borglum obedeció en el acto. Bane se mostró más reticente, pero el joven lo expulsó de un fuerte puntapié.

—No vuelvan más por Lansing Bow o la próxima vez saltarán desde mil metros de altura —gritó.

El avión inició la carrera de despegue inmediatamente. Bane y su esbirro quedaron allí, abandonados en un lugar completamente desierto y a decenas de millas de la civilización. Bane, abrumado, se sentó en el suelo y empezó a llorar.

CAPITULO VI

—Esos tipos ya no te molestarán más —dijo Ball, alrededor de mediodía.

Susie le entregó una copa.

—¿Seguro?

—Los llevé a Plain Lake, a casi quinientos kilómetros, y los abandoné en medio del lago seco. Hay un poblado a unos quince kilómetros y tardarán un par de días en alcanzarlo. Bane tenía una cartera repleta de papeles, que supongo relativos al negocio. Los arrojé por una ventanilla, cuando estábamos a unos dos mil quinientos metros de altura.

—Es un buen escarmiento, Hart.

—Por eso lo hice.

—Con tal de que dé resultado...

—Lo dará — Ball chasqueó la lengua—. Gracias por la copa, encanto.

—Deberías venir por aquí con más frecuencia —dijo ella.

—Eso mismo pienso yo —sonrió el joven.

Dejó el vaso a un lado y se dispuso a marcharse. Susie agitó una mano.

—Diablos, olvidaba lo más importante —exclamó.

—¿Qué es?

—He oído rumores. Me han dicho el nombre de un tipo que puede resultar el asesino de Ron Coughlin.

—¿Sí?

—El nombre es Evans Drake. Aparentemente, es un honrado ciudadano. Por ahí se susurra, sin embargo, que se dedica a eliminar a la gente, siempre que se le pague bien.

—Con un fusil de largo alcance, por ejemplo.

—Es posible. También emplea otros métodos.

—Eso es interesante. Sigue.

—A una de sus víctimas se le estropeó un día el sistema de electricidad. Fue a bañarse y se quedó frito.

—Horrible, tú.

—Sin embargo, prefiere el fusil. Pero no sé dónde vive.

—Ya lo encontraré. ¿Algo más?

Susie pareció quedarse pensativa.

—Anoche vi a un tipo en mi local, al que hacía años no veía —añadió—. Se llama Sath Archer. Cumplió una condena de doce años, aunque le rebajaron siete por buena conducta.

—¿Cuál fue el motivo de la condena?

—Quiso hacerle la competencia al Tío Sam, fabricándose sus propios billetes. Anoche se gastó un buen montón en mi local.

—Ah, puede resultar interesante...

—Espero que sea así.

Ball le arreó una suave palmada en las rotundas caderas.

—Gracias por la información, preciosa.

—Cuídate mucho, Hart.

Ball abandonó la casa y se fue a buscar a Thelma. La chica le acogió con visibles muestras de alegría.

—Pensé que me habría olvidado —dijo.

—En absoluto —sonrió él—. Tengo pistas —añadió.

—¿De veras?

Ball le contó lo que Susie le había dicho, aunque sin mencionar el nombre de su confidente. Thelma dijo que podía representar un gran paso para el esclarecimiento del crimen.

—Eso mismo opino yo —contestó él—. ¿Le gustaría acompañarme a ver a un tipo que se llama Seth Archer?

—Por supuesto, pero, ¿quién es ese hombre?

—Un dibujante maravilloso.

Thelma se sorprendió.

—No entiendo qué tenemos que ver nosotros con un dibujante...

—Usted le va a encargar que le haga un retrato. El resto queda para mí.

—Está bien. Sí usted dice que debo hacer eso...

—Vamos —sonrió Ball—. Pero cuando le pague, no se le ocurra darle un cheque firmado.

Thelma contuvo el aliento.

—Creo que comprendo —dijo.

—Chica lista —exclamó él alegremente, a la vez que abría la puerta.

* * *

El hombre tenía unos cincuenta años, era medio calvo y usaba lentes con cristales que parecían fondos de vaso. A través de la puerta entreabierta, miró recelosamente a la pareja.

—¿Qué quieren ustedes? —preguntó.

—Soy Thelma Coughlin —dijo la muchacha—. Quiero que me haga un retrato, señor Archer.

—No soy artista —contestó el individuo secamente.

—Le pagaré bien. Mil dólares.

Archer vaciló y quitó la cadena.

—Entren —dijo—, ¿De dónde han sacado que soy dibujante?

—Nos lo dijo un amigo suyo —terció Ball.

Archer no se sentía aún muy seguro.

—Tendré que comprar materiales —dijo—. Hace tiempo que no mancho una tela... ¿Cuándo vendrá a posar, señorita?

—Usted tiene la palabra, señor Archer —respondió Thelma.

Ball estudió el apartamento que ocupaba el sujeto, nada lujoso. Parecía evidente que no se había gastado un dólar en restaurarlo desde hacía muchísimo tiempo.

—Venga mañana —dijo el falsificador—. A partir de las tres de la tarde. Pero ahora tendrá que pagarme la mitad de lo convenido.

—Le firmaré un cheque.

Debidamente instruida. Telma abrió su bolso, sacó un talonario y escribió en una hoja, que arrancó seguidamente. Ball alargó su mano, cuando Archer se disponía a coger el cheque.

—No lo haga así, Thelma —dijo—. Vaya al Banco usted misma, cobre el dinero y tráigaselo.

—Confío en ella —rezongó Archer.

—Pero yo no. Podría sentir la tentación de imitar su firma.

Archer se puso lívido. Ball le miró fijamente.

—Falsificó la firma de su hermano Ron Coughlin —añadió.

Hubo un momento de silencio. De pronto. Archer reaccionó y, alargando ambas manos, propinó al joven un tremendo empujón. Sorprendido, Ball trastabilló, tropezó con una silla y cayó de espaldas al suelo.

Estaba relativamente cerca de la pared y su cráneo chocó contra ella. Durante unos segundos, no vio más que estrellas que bailaban una danza frenética delante de sus ojos sintiéndose impotente para realizar el menor movimiento. Mientras, Archer, aprovechándose de la sorpresa echaba a correr hacia el interior de la casa.

Thelma se sentía aturdida, incapaz de tomar una decisión. No sabía si seguir al falsificador o atender a Ball quien parecía momentáneamente fuera de combate.

Archer había cerrado la puerta que comunicaba con las habitaciones interiores. Thelma al fin, se arrodilló junto al joven.

—Hart,

—Hart, Hart... —dijo a la vez que le daba palmaditas en la cara—. Despierte...

Ball hizo un esfuerzo y sacudió la cabeza.

—Vaya una caída tonta —gruñó.

De pronto, se oyó el ruido de una puerta que se abría. Thelma volvió la vista.

Ball; Hart, está ahí todavía! —gritó.

Archer había aparecido en la puerta, en una de cuyas jambas se

apoyaba con una mano, como si tuviese dificultades para mantenerse en pie. Ball apreció que estaba horriblemente pálido. Y también vio algo más.

Thelma divisó la manchita roja que había en la camisa del sujeto y lanzó un agudo chillido. Entonces a Archer le fallaron las fuerzas y se vino de bruces al suelo.

Segundos más tarde, Ball adquiría la convicción de que Archer no diría jamás quién le había pagado cierta cantidad por falsificar la firma del hermano de Thelma.

* * *

—Debió de llegar por la escalera de incendios —dijo Ball, a la noche mientras cenaban en un restaurante—. Entró por el dormitorio y le esperó allí. Sin duda, calculó todo para asesinarle cuando entrase en aquella habitación, desde la que podía escapar por el mismo camino como así hizo. Entonces, cuando Archer me empujó, el asesino vio llegada la ocasión y le pegó un tiro.

—Pero no oí el disparo...

—Usó silenciador. —Ball tomó un sorbo de vino—. La falsedad del contrato es evidente, pero no tanto todavía como para impugnarlo ante un tribunal.

—Entonces, ¿debo abandonar?

—No, aunque desde luego no debe hacerse ilusiones. Puede que encontremos al asesino de Ron pero resultará mucho más difícil probar que no vendió sus tierras.

—Eso no me importa en absoluto, Hart.

—No diga tonterías —rezongó él—. Si se demuestra que no vendió la propiedad, usted es la heredera. Caramba, esos terrenos pueden valer ahora ochenta o cien mil dólares. ¡Ojalá fueran míos créame!

—El dinero sólo tiene un valor relativo para mí: estrictamente el que se precisa para satisfacer mis necesidades mínimas.

Ball arqueó las cejas.

—Usted se licenció en Filosofía —dijo.

—Sí.

—No cabe duda: pertenece a la escuela estoica.

—Son formas de pensar —sonrió ella.

—En cambio, yo soy de la escuela de Epicuro.

—¿De veras?

—Sí, me gustaría tener muchísimo dinero... Coches lujosos, criados por docenas, bellas mujeres atentas al menor de mis

caprichos... Epicureismo se llama, ¿no?

—Usted bromea, Hart. No le creo.

—Como quiera. Pero insisto en que, aparte de solucionar el crimen, debe hacer todos los posibles para que se demuestre la falsedad del contrato de venta de las tierras.

—He estado pensando una cosa —dijo ella, mientras trazaba círculos con el índice sobre el mantel.

—¿Es interesante?

—Esas tierras no me pertenecen, Hart.

—Eran de su hermano...

—Ron tuvo un hijo.

Ball asintió.

—Es cierto. ¿Ha mudado de opinión?

—Yo tengo mi vida encauzada. Peggy, en cambio, está pasando apuros.

—Comprendo, Thelma, me alegra que piense así.

—Gracias. ¿Se lo dirá a Peggy?

—No. Dígaselo usted misma. Sospecho que Peggy tiene su pequeña dosis de amor propio y podría rechazar el ofrecimiento. Resultaría muy diferente si fuese a verla usted misma.

Thelma apretó los labios.

—Tiene razón. Mañana iré a hablar con ella —prometió.

—Buena chica —elogió Ball—. Ya empieza a ver las cosas en sus dimensiones naturales. No sabe cuánto lo celebro.

Ella sonrió.

—Es usted un tipo muy simpático —dijo—. Su esposa se sentirá muy satisfecha de haberse casado con usted

—Ya lo creo, el día que me case.

—¿Cómo? ¿Es soltero todavía?

—Una vez tuve una novia y estábamos a punto de casarnos.

—Y no hubo boda.

Ball dejó de sonreír.

—Murió una semana antes de la boda —contestó.

—Oh... No sabe cuánto lo siento...

—Leucemia. Se descubrió demasiado tarde. Duró apenas un par de meses.

—Horrible. Tan joven...

—Veintidós años. —Ball meneó la cabeza—. Ocurrió hace cinco y, a veces me parece que ha pasado un siglo.

Hubo un momento de silencio. Luego, Ball agitó una mano y llamó al camarero.

—La cuenta, por favor.

—Al momento; señor.

Luego, Ball miró a la chica y sonrió.

—Pero la vida sigue, Thelma —dijo—. Y eso sirve para los dos.

—Sí, Hart.

Momentos más tarde abandonaban el restaurante. En aquel sector había una brillante iluminación. Todavía circulaba bastante gente por la acera.

Súbitamente, un hombre se destacó de los transeúntes, se acercó a la pareja y desde tres metros de distancia, disparó un tiro contra Ball. El joven se tambaleó y empezó a caer.

CAPITULO VII

Thelma lanzó un chillido y se tambaleó también; no sabía si Ball la había empujado deliberadamente o se derrumbaba hacia ella. El pistolero, tranquilamente, dio media vuelta y se encaminó hacia un coche negro que aguardaba en las inmediaciones con el motor en marcha.

Entonces sonó un poderoso grito:

—¡Alto! ¡Quieto ahí!

El pistolero, sorprendido, se volvió. Ball estaba sentado en el suelo, apoyado en la mano izquierda. El pistolero fue a sacar el arma nuevamente.

Ball ya tenía su pistola fuera de la funda. El viejo «45» escupió un cañonazo. Un pesado proyectil de plomo alcanzó al asesino de lleno en el pecho y lo arrojó contra el coche.

El conductor se dispuso a huir. Ball le reventó un neumático con el siguiente disparo. La gente, aterrorizada, huía en todas direcciones. Se oían gritos y chillidos de pánico. Algunos se habían tumbado en el suelo, para ofrecer menos blanco a las balas.

Haciendo visibles esfuerzos, Ball se puso en pie y encañonó al conductor, que parecía muerto de miedo.

—Sal de ahí con las manos en alto —ordenó.

El hombre obedeció. Ball le hizo volverse apoyándolo en el techo del automóvil y lo registró diestramente, sin encontrarle ningún arma. Luego le puso las esposas.

—No te muevas —dijo severamente.

Thelma se sentía estupefacta. Con los ojos muy abiertos y la mandíbula floja, contemplaba todos los movimientos del joven, que no parecía afectado por el impacto del proyectil.

Ball se acercó al pistolero caído y meneó la cabeza.

—Hiciste un mal negocio, muchacho —dijo a media voz.

Luego se volvió hacia Thelma y sonrió.

—No te preocupes —añadió—. Estoy bien.

—Es... Parece un... un milagro...

—Eso era en otros tiempos. —De pronto, Ball hizo una mueca y se frotó el pecho—. Maldición, parece como si una mula me hubiese arreado una coza.

—Entonces... ¿no estás herido?

—Llevo chaleco blindado.

Thelma se tapó los ojos con las manos.

—Dios mío... He pasado un miedo espantoso. Cuando te vi caer...

—De todos modos el impacto no resulta agradable. Por fortuna,

usaba sólo un «treinta y ocho». Si me hubiera disparado con mi propio revólver, habría ido al hospital con una seria conmoción. Aunque, desde luego, hubiera salido adelante.

Un coche de patrulla se acercaba a toda velocidad, con gran estruendo de sirenas y centelleos de luces. Ball sacó su placa y la mantuvo en alto para que la vieran los ocupantes del vehículo.

—Thelma, tendrás que retrasar un poco la vuelta a tu casa —dijo.

—No importa, Hart. El caso es que estés bien.

Los policías desembarcaron y Ball se aprestó a declarar lo que había sucedido.

* * *

—El muerto se llamaba Freddy Haskell —dijo Grannath a la mañana siguiente, con una carpeta en las manos—. Era un pistolero de poca monta, pero seguramente, quería hacer méritos para ascender en el escalafón. Se le encontraron encima quinientos dólares. Los billetes eran usados y de distintas series.

—¿Qué hay del otro? —preguntó Ball.

—No tenemos datos, no está fichado todavía. Se llama Gus Dawton y no tiene empleo fijo.

—Vamos, está a la que salta.

—Dice que Haskell le pidió que condujera el coche, que iban a ver a un amigo que les tenía que entregar un paquete. Dawton creyó que se trataba de algo relacionado con la droga, pero no supo lo que iba a hacer Haskell, hasta que le vio disparar contra ti.

—Posiblemente, sea sincero. Lo que interesaría saber es quién pagó a Haskell por liquidarme.

Grannath sonrió.

—Hart, ¿te has dado cuenta de la cantidad de enemigos que tienes? —preguntó.

—Mis amigos están en una proporción de cien a uno —contestó el joven sin pestañear—. La inmensa mayoría no me conoce, pero todos son personas decentes. Eso me satisface muchísimo, Morty.

—No lo pongo en duda, pero si en, Lansing Bow hay treinta y cinco mil habitantes y treinta y cinco tan sólo son tus enemigos...

—No todos me buscan para pegarme dos tiros —rezongó Ball.

—Pero todos se alegrarían si desaparecieses de este mundo.

—Sí, son las fieras a las que no les gusta su domador. Bueno, hablemos de otra cosa. ¿Qué me dices de Mahaw?

Grannath suspiró.

—Si tiene algo que ver con la falsificación, costará mucho probarlo. Es un tipo muy escurridizo; hasta ahora, no ha hecho nada sospechoso.

—Creo que va a resultar conveniente que le haga una visita en persona —dijo Ball—. Y mientras tanto, ¿te das cuenta de que aún no tenemos la menor pista acerca del hombre que mató a Ron Coughlin?

—Fue un profesional, no cabe la menor duda.

—Lo sé, pero, ¿quién?

—Será difícil dar con él. Puede que fuese «importado» especialmente para la ocasión. Además, ni siquiera tenemos la pista del proyectil, puesto que traspasó por completo el cuerpo de la víctima y se perdió en los campos vecinos.

—Desde luego, es un profesional, y tiró con un fusil de gran potencia. Pero si le encontrase, sabría quién le pagó por matar a Coughlin.

—Suponiendo que quisiera contestar a tus preguntas.

Ball sonrió aviesamente.

—¿Tú crees que se negaría a hablar?

—Gannath también sonrió.

—Habría, seguro —contestó—. ¿Cuándo piensas ver Mahaw?

—Mañana. Hoy tengo algo importante que hacer.

—¿Por ejemplo...?

—Es un asunto estrictamente privado —contestó Ball con acento jovial.

* * *

El asunto «estrictamente privado» se llamaba Lois Kegler, tenía el pelo escandalosamente teñido de rubio y pesaba cerca de cien kilos. Lois Kegler regentaba un salón de masajes, con numerosa y fiel clientela, aunque no se podía decir que la mayoría de sus visitantes pertenecieran a las clases adineradas.

Lois tenía siempre un cigarrillo encendido al extremo de una larga boquilla de marfil y llevaba las manos cubiertas de sortijas. En torno al cuello, corto y grueso, lucía una doble hilera de perlas cultivadas. Ball le había hecho un par de favores en sendas ocasiones y ella se sentía muy agradecida al sargento.

Dirigía el negocio con mano de hierro y no toleraba que las chicas usaran drogas, ni tampoco permitía la entrada a los traficantes, siempre que los conociera. El salón de masaje, por otra parte, era un lugar eminentemente discreto respecto a sus clientes, pero también una fuente de información para ciertas personas, que Lois sabía que eran calladas como tumbas.

Ball se sentó en un enorme butacón, situado en el departamento privado de Lois, y esperó a que ella atendiese a un par de recién llegados. Al cabo de unos minutos, Lois se hizo visible, inevitablemente detrás de su boquilla de treinta centímetros de longitud.

—¿Qué te apetece, Hart? —consultó.

—Dos dedos de whisky, gracias. ¿Cómo marcha el negocio, preciosa?

—No puedo quejarme. ¿Quieres relajarte con un buen masaje? Tengo una tahitiana que es una verdadera experta...

—En estos momentos, me siento muy tranquilo,— Ball cogió el vaso que le ofrecían lo alzó un poco, tomó un sorbo y lo dejó en la mesita que tenía al lado—. Lois, no se puede llamar un apuro, pero casi lo es.

—Y por eso has venido a verme.

—Si no te molesta...

—Puedes venir siempre que gustes, Hart. Por cierto, he oído rumores que parecen ciertos. Ya deberían haber venido sus gorilas a cobrar, pero no les he visto el pelo todavía. Me refiero a Bane, claro.

—No te preocupes por Bane. Se ha ido de viaje. Muy lejos de aquí.

Lois arqueó las cejas pintadas.

—¿Tienes algo que ver con el viaje de ese bastardo?

—Un poco. Le cerré la tienda para siempre.

—¡Hum! Bane es muy tenaz. No te fíes de él.

—Cometerá un error si regresa a Lansing Bow —dijo Ball calmamente—. Lois, el apuro sé llama... se llamaba, mejor dicho, Ron Coughlin.

Ella asintió.

—He leído los periódicos —manifestó.

—¿Tienes alguna opinión sobre el caso?

—Dinero, como de costumbre —rió la mujer.

—Eso ya lo sé yo también. Me refiero a su asesino. Tuvo que hacerlo un profesional.

—Estoy de acuerdo contigo, Hart.

—Pero no puedes decirme un nombre.

—¿Quién sabe?

—¿Has oído algo?

—Ahora, no precisamente. Sin embargo, conozco a un tipo que puede ser el que buscas.

—¿Nombre?

—Drake Evans. Es de lo mejorcito del oficio.

—Vaya oficio, tú —gruñó el sargento.

—Drake vive en Leadworth Road, mil cuatrocientos quince. Es un experto en rosas. Tiene un jardín muy bien cuidado.

—¿Es cliente tuyo?

—Moderadamente. Una o dos veces por mes.

—¿Y cómo sabes...?

Lois hizo un gesto con la mano cargada de piedras preciosas.

—Siempre se oyen rumores —dijo.

—¿Sólo rumores?

—A ti te toca comprobarlos, Hart.

Ball despachó el resto del licor.

—De modo que aficionado a las rosas, ¿eh? —dijo, a la vez que se ponía en pie.

—No te fíes de su exterior pacífico y amable —aconsejó ella.

—Lo tendré en cuenta.

Ball abandonó el salón de masaje. La entrevista con Drake prometía resultar muy interesante, se dijo, mientras accionaba la llave de contacto del coche.

Drake vivía en una casita aislada, rodeada por un jardín que tendría un cuarto de hectárea y en el que abundaban los rosales, perfectamente cuidados según pudo apreciar a la primera ojeada. Una valla de madera blanca, circundaba el jardín, en el que se podía ver a un hombre inclinado sobre un macizo de flores, muy entretenido al parecer en aquella pacífica tarea.

Ball se detuvo frente a la entrada.

—Señor Drake —llamó.

El sujeto levantó la cabeza. Contaba unos cincuenta años y era de mediana estatura. Vestía camisa a cuadros y pantalón con peto, y llevaba guantes con manoplas. Sí, tenía un aspecto inofensivo, pensó Ball.

—¿Qué desea? —preguntó el hombre.

Ball le enseñó su placa y dio su nombre y graduación.

—Necesito hablar con usted —añadió.

Drake dejó a un lado las tijeras y los guantes.

—Pase, sargento —invitó.

El joven levantó la aldabilla que sujetaba la puerta y avanzó a lo largo del sendero central.

—Tiene un jardín muy bien cuidado —elogió—. ¿Lo hace en plan profesional?

—Así puede decirse, aunque, en realidad, no vivo solamente de las rosas. Tengo una pequeña renta, ¿sabe?

—Hombre afortunado —sonrió Ball—. Eso le libra de ir todos los días a una oficina, sujeto a un horario fijo.

—Es algo que siempre he detestado. Bien, sargento, ¿en qué puedo servirle?

—Se llamaba Ron Coughlin. Alguien le disparó con un fusil de caza y lo mató.

Drake se echó a reír.

—Entre en la casa y regístrela a fondo —dijo, a la vez que hacía un amplio ademán—. No es el primer policía que viene a verme por ese asunto, aunque a decir verdad, no entiendo por qué tratan de relacionarme con un crimen tan detestable. Hubo una época en que efectivamente, fui aficionado a los concursos de tiro y logré algunos premios, pero me cansé y preferí dedicarme a las rosas. Incluso vendí todas mis armas y no me quedó en casa un solo gramo de pólvora.

—Un cambio realmente notable —observó el joven—, ¿Por qué dejó los concursos de tiro, si no es indiscreción?

—Los premios y no siempre los conseguía eran más bien honoríficos, lo cual quiere decir que era una afición que me costaba dinero. Por tanto, derivé hacia las rosas cosa que también me gustó siempre y ello me permite además, unos ingresos suplementarios, que nunca vienen mal.

—Sobre todo, en estos tiempos.

—Sí, es cierto. ¿Algo más, sargento?

Ball se dio cuenta de que, pese a su aspecto inofensivo, se encontraba frente a un hombre terriblemente astuto y de una inteligencia excepcional. No conseguiría nada, prolongando el interrogatorio.

—No, eso es todo. Le ruego me dispense las molestias que le he causado.

—Por Dios, sargento.

—Gracias. Adiós, señor Drake.

—Adiós, señor Ball.

Cuando volvió al coche, Ball tenía la sensación de haber sido víctima de una monumental tomadura de pelo.

CAPÍTULO VIII

—Mírame, Thelma. ¿Estoy calvo?

La chica respingó.

—Hart, qué cosas dices... Yo te veo con todo tu pelo...

—Hoy me lo han tomado de lo lindo —suspiró él sentado a una mesa, frente a Thelma—. Probablemente, el hombre que mató a tu hermano.

—¿Cómo? ¿Lo has encontrado?

—Me dieron un «soplo» y fui a verle. No ha conseguido nada.

—Un tipo escurridizo ¿eh? —adivinó ella.

—Envuelto en grasa de los pies a la cabeza.

—Bueno para esos tipos creo, hay un remedio.

—¿Sí? Dímelo, por favor.

—Encuentra el arma y tendrás la prueba.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Ningún juez me firmaría una orden de registro, basándome solamente en sospechas que no resistirían el menor examen. Es más, correría el riesgo de recibir una reprimenda oficial y no me gustaría.

—Tú perteneces a una sección especial. Registra la casa cuando él no esté...

—No, no puedo hacer eso con un ciudadano pacífico y del que no hay ningún antecedente policial. Otra cosa sería si se traía de un hampón, pero Drake es un tipo perfectamente respetable y armaría un escándalo gigantesco.

—Entonces, ¿no puedes hacer nada?

Ball se acarició el mentón.

—Tal vez... tendiéndole una trampa pero con lo astuto que es, dudo mucho que mordiese el anzuelo.

—Inténtalo, hombre —le animó Thelma.

—Lo procuraré, pero tengo que andarme con mucho cuidado. Sólo podré actuar en una ocasión y si fallo, estoy perdido. En fin, pensaré en el asunto y ya te diré algo,

Thelma sonrió, a la vez que llenaba su copa de vino.

—Es un caso difícil ¿verdad?

—Mucho —contestó él.

Tomó un sorbo de vino y se limpió los labios. Luego dijo:

—¿Has visto a Peggy?

Thelma apartó la vista, confundida.

—Todavía no —repuso.

—El hijo de Peggy es tu sobrino —dijo Ball intencionadamente.

—Lo sé, pero...

—¿Acaso estás resentida porque ese niño se lleve el dinero que puedan valer los terrenos?

—Oh, no, no; todo lo contrario. Peggy quedó en una situación muy mala y me gustaría que se demostrase que la venta fue una falsificación. Pero no me he decidido todavía a visitarla

—Muy bien, es una decisión que te corresponde a ti —contestó Ball.

Encendió un cigarrillo y añadió:

—Comenta el caso con ella. Quizá Peggy pueda darte algún detalle que hasta ahora se nos haya pasado por alto. Hay cosas que se pueden comentar mejor entre las mujeres cuando están sin hombres alrededor.

Thelma asintió, con débil sonrisa.

—Lo intentaré —respondió.

* * *

Edward Mahaw abrió la puerta y miró sorprendido al visitante. Ball, por su parte, apreció que Mahaw estaba todavía a medio vestir, si bien llevaba puesta una bata.

—¿Qué desea, sargento? —preguntó Mahaw.

—¿Puedo hablar con usted?

—Son casi las nueve. Tengo que ir a mi trabajo...

—No le entretendré demasiado —aseguró Ball.

—Está bien, entre.

Ball cruzó la puerta. El apartamento de Mahaw era elegante, aunque sin excesos demasiado lujosos.

—¿Café, sargento? —ofreció Mahaw.

—Gracias, ya he desayunado.

—Muy bien, yo me serviré otra taza. Hable mientras tanto, por favor.

—Se trata de los terrenos de Dry Hills. Pertenecían a Ron Coughlin.

—Los vendió.

—Usted intervino en la operación por encargo de la señorita Skimmer, supongo.

—Es mi jefe. Pero fue una operación absolutamente legal, sargento. Si ha hablado con la hermana del difunto Coughlin, sabrá que depositamos en el banco y a su nombre el importe de la venta de esos terrenos.

—Lo sé, pero me parece que cometieron un error —dijo Ball. Mahaw arqueó las cejas.

—¿Un error? Explíquemelo, por favor.

—Coughlin tenía un hijo. Por tanto, éste es el heredero y no su hermana.

—Ignorábamos tal circunstancia. Además, Coughlin era soltero.

—Había reconocido al niño legalmente.

Mahaw se encogió de hombros.

—Nosotros no tenemos por qué entrar en determinados aspectos de la vida privada de nuestros clientes —contestó.

—Coughlin no era su cliente.

—Fue una frase tópica. Pero en cierto modo, lo era. Sabíamos que tenía una hermana; jamás mencionó nada de su hijo. ¿Por qué íbamos a preocuparnos por ese detalle?

—Tiene usted razón —convino Ball—. Pero hay otro detalle por el que sí deben preocuparse.

—¿De veras?

—Los documentos de venta. Son falsificados.

—No me diga —rió Mahaw.

—El falsificador fue asesinado para que no hablase —dijo Ball muy serio.

—Yo no he tenido nada que ver con eso —respondió Mahaw—. Me refiero a la falsificación, por supuesto. Sargento, por orden de mi jefe, llevé el caso y redacté personalmente los documentos, es todo lo que puedo decirle. Si consigue demostrar que son falsificados, adelante, formule una demanda ante los tribunales.

—Sería un arresto, bajo la acusación de asesinato.

Mahaw empezó a contar con los dedos:

—Uno, los documentos son legítimos. Dos, no tengo nada que ver con la muerte de Coughlin. Tres...

—¿Dónde están esos documentos? Me refiero a los originales. Porque, hasta ahora, sólo he visto fotocopias...

—Hable con mi jefe —indicó Mahaw—. Es todo lo que puedo decirle, sargento. Y ahora, si me lo permite, iré a terminar de vestirme; he de salir y ya ha perdido demasiado tiempo.

Ball no dijo nada. Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta.

Tenía la seguridad de que Mahaw estaba íntimamente relacionado con el asesinato de Coughlin. Era un tipo muy inteligente y, con toda seguridad, se dijo, habría actuado a espaldas de Rose May Skimmer, la abogada. Sería cosa de hablar con ella, pensó mientras se sentaba detrás del volante de su coche.

Había decidido esperar a que saliese Mahaw de su casa, a fin de seguirle los pasos. Podía proporcionarle alguna pista interesante.

Transcurrió un cuarto de hora Mahaw no demostraba en la práctica las prisas que había declarado tener. Dejó pasar quince minutos más y empezó a sentirse inquieto.

Pensó que estaría telefoneando a alguien, pero media hora, se

dijo, resultaba excesivo. De pronto, creyó ver una silueta que pasaba por la parte posterior de la casa

Fue una visión que duró apenas un segundo. Maldijo entre dientes, al advertir que Mahaw le había burlado, saliendo por la puerta trasera. Abandonó el coche, cruzó el jardincito, rodeó la casa y se dispuso a salir a la calle situada al otro lado.

Un coche arrancó rugiendo, a toda velocidad. Ball dio unas cuantas zancadas, pero, de pronto, se detuvo, como herido por el rayo.

Lentamente, se volvió y contempló con fijeza el cuerpo tendido de bruces, a! pie de la puerta. Mahaw tenía la mejilla izquierda apoyada en el suelo. Por tanto, podía verle la mejilla derecha, en ! a que se apreciaba un redondo agújenlo del que manaba la sangre.

Había muerto instantáneamente, sin enterarse de lo que sucedía, calculó. El asesino había esperado fuera, oculto a sus ojos por el edificio. Sin duda, pensaba entrar cuando él se marchase, pero el propio Mahaw le había facilitado la tarea, al intentar escapar. Y si no había oído la detonación, se debía a que, sin duda, el asesino había empleado un silenciador.

La bala le había entrado por encima del pómulo derecho, casi a la altura de la sien. Ya no se podía hacer nada por aquel desdichado.

Suspirando, entró en la casa y levantó el teléfono, para hacer las llamadas de rigor.

* * *

La hermosa abogada se inclinó sobre la mesita, para llenar las dos copas. Los senos temblaron ligeramente en el audaz escote. Era una visión muy atractiva pensó Ball.

—No se le ha pasado todavía —dijo.

Rose May hizo un gesto negativo.

—Compréndalo —respondió—. Mahaw llevaba muchos años conmigo.

—Sí, ha sido verdaderamente lamentable.

Ball tomó un sorbo. Rose May se había sentado frente a él.

—¿Por qué cree que lo mataron? —preguntó.

—Tuvo algo que ver con el asesinato de Coughlin.

—Es... increíble. Yo siempre confié en Mahaw...

—Y él traicionó su confianza.

—Ahora lo sé. Francamente, me encuentro muy deprimida.

—Lo comprendo. Rose May, ¿qué opina usted?

Ella se encogió de hombros.

—Estoy por asegurar que he sido víctima de las circunstancias,

—¿De veras?

—Claro. Salta a la vista, me parece.

—Sí, yo también lo creo así. ¿Quién era su cliente?

—Hart, discúlpeme, pero no puedo decírselo.

—¿Tanto le perjudicaría si se divulgase su identidad?

—No lo creo, pero, puesto que no me ha dado permiso para hacerlo, debo ocultar su nombre, basándome en el secreto profesional.

—Pudiera ser que yo lo averiguase por otros medios.

—Le veo difícil, aunque no imposible, debo admitirlo —contestó ella.

—En tal caso, ¿qué haría usted?

—Aconsejar a mi cliente que no contestase a ninguna pregunta sin mi consejo.

—Si yo lo averiguo, no se lo diré a usted antes —advirtió Ball.

—Celebro que me haya hecho la pregunta, porque le pondré en antecedentes de lo que puede suceder —dijo Rose May.

Sonreía maliciosamente. Ball sonrió también.

—Es usted muy astuta —dijo—. Tanto como hermosa.

—Gracias, Hart

—Yo debí haberme callado, pero tuvo que salir a la superficie mi defecto incorregible.

—¿De veras? ¿Cuál es?

—Simplemente, no sé estar callado en presencia de una mujer bonita.

Rose se echó a reír.

—Gracias por el elogio, pero, al menos, reconozca que yo no le he sonsacado, usando de artimañas —contestó.

—En cambio, quizá yo sí lo haga con usted.

—¿Cómo, Hart?

Ball alargó los brazos y atrajo a la abogada hacia sí. Ella pareció resistirse en un principio, pero luego cedió y dejó que la boca del joven se uniese a la suya.

Durante unos segundos, permanecieron en la misma posición. Luego, Han se puso en pie y tiró de ella. Una vez incorporada, volvió a besarla.

Las manos del joven recorrieron codiciosamente el atractivo cuerpo de Rose May. Ella se estremeció voluptuosamente.

—¿Es así como piensas sonsacarme? —dijo, mientras le mordisqueaba suavemente el labio inferior.

—¿Quién sabe? De momento...

Las manos del joven bajaron los tirantes del vestido. Rose May no llevaba nada más debajo y sus senos quedaron al descubierto. Ball los acarició con gran delicadeza. Rose May

volvió a estremecerse y murmuró algunas frases ardientes. La pasión empezaba a apoderarse de ambos.

—¿Siempre actúas así cuando estás con una mujer? —preguntó al cabo de unos momentos.

—Por lo menos, cuando estoy contigo.

—Pero es la primera vez...

—¿Será también la última?

Ball la empujó suavemente mientras pronunciaba aquellas palabras. Había dado sólo un paso cuando, de pronto, se oyó un ligero chasquido, seguido del sordo sonido de algo que se estrellaba contra la pared opuesta con tremenda fuerza.

El joven se puso rígido. Durante una milésima de segundo, había sentido en la parte posterior del cuello un leve soplo de algo que se movía con espantosa rapidez. Estaban en pie los dos, a cuatro pasos de la ventana, en la estancia iluminada discretamente y, cuando volvió la cabeza, divisó el agujero estrellado que el proyectil había abierto en el cristal.

CAPÍTULO IX

Ball reaccionó con vertiginosa rapidez. Empujó a Rose May hacia el diván, haciéndola caer de espaldas, y se agachó al mismo tiempo que se producía otra serie de sonidos análogos.

—¿Así? —dijo ella—, En el dormitorio estaríamos más cómodos...

Arrodillado, Ball miró un instante hacia el exterior.

—¿Tienen puerta trasera? —preguntó.

—Sí, pero...

Ball ya no dijo nada más. Agachado, corrió unos metros y luego se lanzó disparado en busca de la puerta mencionada. Cuando la alcanzó, salió fuera de la casa y corrió frenéticamente en busca de su coche.

El asesino había disparado dos veces, pero no era allí donde iba a capturarlo puesto que, además, no había el menor rastro de él. Aceleró brutalmente, mientras colocaba sobre el techo la lámpara intermitente roja y abría la sirena.

Conocía la ruta y procuró atajar por calles secundarias. El asesino, estaba seguro, regresaría a su casa con toda tranquilidad, sin prisas, para no llamar la atención de ningún agente de uniforme. Llegaría antes, estaba seguro.

Durante el viaje hizo una llamada por radio. Necesitaba la ayuda de Grannath y pidió que lo buscasen donde estuviera, enviándolo inmediatamente a Leadworth Road. Luego se concentró en la conducción del vehículo, a fin de evitar el inoportuno accidente que pudiera echar sus planes por tierra.

Un cuarto de hora más tarde paró en el lugar deseado. Lanzó un vistazo a la casa; Drake no había llegado todavía. Quitó la lámpara roja y apagó las restantes luces del coche.

Diez minutos después vio venir a otro automóvil. Cuando su ocupante se apeó, Ball salió a su encuentro, encañonándole con su revólver.

—No se mueva, Drake.

El sujeto le miró con asombro.

—¿Qué significa esto, sargento? —preguntó.

—Vuélvase —gritó el joven—. Coloque las manos en el techo de su automóvil y separe los pies. ¡Rápido, no me ponga más nervioso de lo que ya estoy! —vociferó.

Drake pareció asustarse y obedeció sin más protestas. Ball le registró en pocos segundos.

—No lleva armas —dijo decepcionado.

—Pues, ¿qué esperaba? ¿Me ha confundido acaso con un pistolero profesional?

En aquel momento llegó otro coche. Grannath se apeó y corrió hacia los dos hombres.

—¡Hart! ¿Qué sucede? —preguntó.

—Este tipo intentó matarme hace menos de una hora —contestó el joven—. Es más, apostaría algo a que usó el mismo fusil con el que liquidó a Coughlin. Sin duda, lo tiene todavía en el coche. Revísalo, ¿quieres?

—Sí, claro.

Drake lanzó un aullido de furor.

—Oiga amigo, si es policía, impida que este loco cometa una barbaridad. Me ha tomado por un asesino y sólo soy un pacífico ciudadano que volvía de dar un paseo en coche. No haga nada de lo que dice...

—Vamos, Morty —dijo Ball—. Empieza ya.

—Hart, si te has equivocado, puedes pagarlo muy caro —advirtió el ayudante.

—Correré con los riesgos. ¡Empieza, por todos los diablos!

—Está bien.

Grannath inició su trabajo. Ball encendió un cigarrillo, mientras Drake aguardaba pacientemente a un lado. Pasados unos minutos, Grannath se volvió hacia el joven.

—Lo siento, Hart; no hay ningún arma —dijo.

Ball hizo crujir sus mandíbulas.

—Debe de tener algún escondite secreto en ese maldito coche —exclamó—. Muy bien, nos lo llevaremos al taller de la Policía y lo desarmaremos pieza por pieza, hasta que aparezca el condenado fusil.

—Usted no puede hacer eso —protestó airadamente Drake—. No tiene pruebas y, además, le falta una orden judicial...

—¡Al diablo con los formulismos! Morty, ve a casa de la abogado Skimmer y saca al menos una de las dos balas que me ha disparado este tipo. Mientras, yo llevaré el coche al taller. Nos encontraremos allí.

—De acuerdo, Hart, pero ten en cuenta lo que te juegas —insistió Grannath.

Ball apretó los labios.

—Tú no has sentido el soplo de una bala en la nuca —contestó—. Estoy vivo por menos de un centímetro y ésa es una sensación que no olvidaré jamás.

Se volvió hacia Drake.

—Entre en su casa y no se mueva hasta que yo se lo permita, o tendré que tomar medidas más enérgicas, ¿me ha comprendido?

Drake sonrió burlonamente,

—Sargento, puesto que me cree el asesino, ¿no se le ha

ocurrido pensar que tal vez aproveche esta ocasión para escapar?

Ball se quedó parado un instante. Luego, bruscamente, agarró al sujeto por un brazo y lo empujó con violencia hacia el coche.

—Tiene razón —dijo— Lo encerraré mientras desguazamos su maldito automóvil. Ya encontraré algún motivo para el arresto, no se preocupé. Morty —vociferó—, ¿a qué diablos esperas? ¡Ve a buscar las balas de una vez, por todos los diablos!

Drake lanzó una exclamación de rabia.

—Le demandaré por esta actitud tan injusta —prometió. —Sí, búsquese un buen abogado. Puede que lo necesite —respondió el joven incisivamente

Estaba seguro de que el fusil aparecería cuando los expertos de la Policía hubiesen desguazado el vehículo. Pero se llevó un chasco terrible.

* * *

—Ese hombre es el asesino, estoy seguro de ello —dijo a la noche siguiente, en el apartamento de Thelma mientras se paseaba arriba y abajo, como un león enjaulado.

—Pero no puedes demostrarlo —manifestó Telma, sentada en el diván y con las piernas cruzadas.

—No, en absoluto. Hemos desarmado el coche pieza por pieza. Ni siquiera una mota de polvo podría haber pasado desapercibida y, sin embargo, no ha aparecido el fusil.

—Tienes las balas, ¿no?

—En efecto. Morty sacó las dos que disparó, incrustadas en la pared, y los de Balística las han comparado con otra que tenían procedente de un asesinato cometido ya hace casi un año. Pero no puedo probar que las disparó Drake.

—Ni siquiera podrías, aunque tuvieses el fusil, a menos que demostrases que es suyo —alegó la muchacha.

Ball se golpeó la palma de la mano izquierda con el puño derecho.

—Tiene que ser él — insistió, exasperado—. Es un hombre terriblemente astuto, sumamente inteligente. Disparó contra mi y luego escondió el fusil en... Oh, tuvo tantos sitios donde hacerlo... Desde la casa de Rose May hasta la suya hay casi nueve kilómetros. Lansing Bow es una población relativamente pequeña, pero está muy dispersa.

Thelma sonrió. Levantándose, abrió una botella y llenó una copa.

—Debes tranquilizarte —dijo—. Estás tomándote el asunto demasiado a pecho y eso no es bueno.

Ball hizo un gesto desesperanzado.

—Dejando a un lado el hecho de que estuve a punto de morir, la verdad es que no he adelantado apenas un paso —declaró, frustrado—. A propósito, ¿has hablado con Peggy?

—Sí, Hart.

—¿Y...?

Thelma dudó un momento.

—Fue un encuentro mucho más agradable de lo que yo había imaginado —respondió al cabo.

—Lo celebro.

—El niño es encantador. Es el vivo retrato de su padre.

—Tienes un sobrino precioso —sonrió él.

Thelma se puso colorada.

—Si se hubieran casado...

—Iban a hacerlo. No es la primera pareja en sus condiciones. ¿Le preguntaste si recordaba algún detalle que se le haya podido pasar por alto hasta ahora?

—Si —contestó la muchacha—. Hablamos del asunto y Peggy me dijo que un día le llamó una mujer... Bueno, llamó a Ron, pero ella atendió la llamada primeramente. Ron estaba en el baño y tardó unos momentos en salir.

—¿Recuerda el nombre de la mujer?

—No quiso darla. Ella dijo solamente que tenía que hablar con Ron a propósito de los terrenos de Dry Hills y que tenía una oferta muy interesante que hacerle. Peggy asegura qué debía de ser un hombre. Tenía la voz muy gruesa, nada femenina.

—Si ella no dio el nombre, ¿cómo sabe que no era una mujer?

—Porque lo dedujo después, cuando oyó a Ron hablar con ella. Ron rechazó la oferta y dijo que no vendería sus tierras por elevada que fuese, la oferta. Eso es todo lo que recuerda Peggy.

—No es mucho —suspiró Ball—. En fin, seguiré investigando, aunque no sé por dónde empezar de nuevo... Si al menos hubiese encontrado el fusil...

De pronto, entrecerró los ojos.

—Estoy seguro de que fue Drake el que intentó liquidarme —murmuró pensativamente—. Disparó contra mi y luego escondió el fusil...

Chasqueó los dedos.

—Maldita sea —añadió—. He sido un tonto. Tenía la solución delante de mis narices y no he sabido verla. Thelma, ¿puede un hombre ser tan tonto?

—Como no sé a qué te refieres, no puedo darte la respuesta —sonrió

la muchacha.

--Quizá lo sepas mañana, porque, aunque lo consiga esta misma noche, no sé a qué hora sucederá. Pero hoy atraparé a Drake, seguro.

Ball giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta. Thelma alargó una mano, como si intentara detenerlo, pero pronto advirtió la futilidad del gesto y dejó caer el brazo lentamente a lo largo del costado.

—Espero que no le ocurra nada —musitó, llena de aprensiones.

* * *

Hacía horas que aguardaba, escondido tras un seto, y ya se sentía entumecido y hasta empezaba a sentir frío, pese a la relativamente buena temperatura de la noche. Ni siquiera se había atrevido a encender un cigarrillo, para no delatar su presencia en aquel lugar.

Miró a las estrellas. Antes de media hora, se verían las primeras luces. Si para entonces no había aparecido la persona a quien esperaba, tendría que pensar que había perdido el tiempo miserablemente.

Grannath, apostado al otro lado de la calle, le llamó por radio:

—Una noche perdida, Hart —dijo.

—Sólo queda media hora, Morty —contestó el joven, por su transmisor portátil.

—¿Qué haremos si no aparece?

—Nos iremos a dormir. Ya pensaré después en algo. Pero tengo el presentimiento de que...

—Espera —dijo Grannath de pronto—. Creo que viene un coche.

Ball alzó un poco la cabeza. A lo lejos, en la solitaria avenida, se divisaban las luces de un automóvil que avanzaba a moderada velocidad.

—Prepárate, Morty —avisó el joven.

—Estoy preparado, Hart —contestó Grannath.

El coche redujo la marcha. Sus luces se apagaron antes de llegar frente a la casa. Segundos después, se detuvo junto a la acera.

Un hombre se apeó y miró recelosamente a todas partes, antes de acercarse al jardín. Pasó al otro lado de un seto y se inclinó al pie de un enorme rosal, rodeado por un arriate circular. Inclinandose, alargó el brazo y sacó algo que estaba escondido bajo los ramajes. Entonces, Ball se puso en pie.

—¡Alto, Drake! —gritó—. ¡No se mueva!

El asesino, sorprendido, volvió la cabeza. Tenía el fusil en las manos y, durante unos segundos, pareció sentirse terriblemente

desconcertado.

Ball lanzó una carcajada.

—Muy listo, infernalmente listo —añadió—. ¿Quién podía pensar que el arma homicida se quedaría en el mismo sitio donde había sido utilizada últimamente?

Los ojos de Drake emitieron un brillo asesino. De súbito, movió el fusil y, desde la cadera, hizo un disparo.

Ball saltó a un lado. Disparó también, pero la precipitación le hizo errar el tiro.

Drake echó a correr. De cuando en cuando, se volvía y hacia fuego con un arma que no causaba apenas ruido, merced al silenciador de que estaba provista. Ball apuntó bajo, a las piernas. Quería capturar al asesino; Se interesaba que hablase.

Falló el tiro una vez más. La distancia era un tanto excesiva y el blanco se movía. En aquel momento, Grannath apareció por el lado opuesto y, con su pistola en la mano gritó:

—¡Alto, Drake!

El asesino, sobresaltado, se volvió y apuntó al ayudante. Grannath disparó tres veces.

Drake soltó el fusil y se desplomó de bruces al suelo. Ball salvó de un salto el obstáculo del seto y corrió hacia el hombre caído boca abajo, junto a su coche.

—Has apuntado demasiado bien, Morty —dijo, a la vez que enfundaba su revólver.

—Lo siento —se disculpó Grannath—. Pero no iba a dejar que ese tipo me metiese una bala en las tripas.

—No, claro.

Ball se arrodilló y puso una mano en la carótida de Drake. El pulso era ya apenas perceptible.

—Morty, llama a los de Homicidios —ordenó—. Pide que se traigan una cámara fotográfica. Aunque.. —reparo en las manos desnudas del asesino y añadió—: Dejé sus huellas dactilares, de modo que eso será suficiente.

Las luces de la casa se encendieron. Rose May se asomó a una ventana.

—¡Hart! —gritó.

Ball se adentró en el jardín.

—Era Drake —dijo—. Vino a buscar el fusil, que había dejado escondido entre unos arbustos.

—Oh, no...

—No quiso entregarse y tuvimos que disparar contra él.

—¿Ha muerto?

—Por desgracia, así es. Y ha sido una lástima, porque podría haber dicho cosas muy interesantes.

—Pero tú estás bien.

—Sí, desde luego.

—Eso es lo que importa. ¿Vendrás a verme luego?

—Lo intentaré.

Una sirena policial se oyó de pronto a lo lejos.

—Anda, vuélvete adentro —aconsejó Ball.

Regresó a la acera y se puso un cigarrillo en la boca, mientras miraba fijamente el cuerpo tendido sobre el asfalto.

—¿Quién te 'pagó para matar a Ron Coughlin? — murmuró.

De pronto, se volvió hacia su ayudante.

—Morty, ahora ya tenemos motivo para pedir una orden judicial

—exclamó—. Ve a buscarla y llámame cuando la tengas, para registrar la casa de Drake.

—¿Crees que allí encontraremos algo de interés? —preguntó Grannath.

—Sí, seguro. Posiblemente, encontraremos el nombre de la persona que le pagó por cometer estos asesinatos —respondió Ball.

CAPITULO X

Eran casi las dos de la tarde cuando Ball, terriblemente decepcionado, decidió dar por terminada la operación.

—Vámonos, Morty; aquí ya no conseguiremos nada —dijo.

—Nunca creí que encontrásemos ninguna pista —contestó Grannath, mientras se sacudía el polvo de la ropa—. Los asesinos profesionales nunca guardan documentos que puedan comprometerlos.

—Algunos usan agendas donde anotan sus ingresos y los nombres de las personas que los han contratado. Es una especie de seguro contra posibles delaciones, ¿comprendes?

—Sí, pero eso no lo hacen todos. Además, sospecho que Drake estaba en combinación con el comprador de los terrenos.

—Es muy posible —admitió Ball.

Tenía en la mano un revólver del calibre 38, con silenciador, y lo contempló durante unos instantes.

—El pistolero profesional suele preparar sus golpes con mucho tiempo —añadió—. Estudia las costumbres de su víctima, asesta el golpe y desaparece sin dejar rastro. Pero Drake actuó con demasiada rapidez, al menos en dos casos: cuando mató a Mahaw y cuando disparó contra mí.

—Eso prueba mi teoría, ¿no te parece? —dijo Grannath.

—Sí, creo que tienes razón. Estando de acuerdo con el comprador de Dry Hills incluso siendo su socio, podía saber en todo momento lo que sucedía y de este modo, se encontraba en condiciones de actuar instantáneamente. Pero...

Ball no pudo continuar. Alguien acababa de llamar a la puerta.

Grannath le miró. El joven hizo una seña, para que se situara a un lado. Grannath comprendió y se puso en el lugar indicado.

Ball avanzó un par de metros y abrió.

—Hola —dijo el hombre, que llevaba uniforme de repartidor—. ¿Evans Drake?

Ball vio en las manos del sujeto un sobre bastante grueso.

—Soy yo —mintió descaradamente.

—Muy bien. Firme por favor.

El sobre, advirtió Ball, pesaba un tanto. Inmediatamente, se dio cuenta de cuál era su contenido.

—Espere —dijo, a la vez que sacaba un billete de cinco dólares—. Dígame, amigo, ¿quién le ha dado este sobre para mí?

—No lo sé, señor. Me lo entregaron en la agencia... Yo sólo soy un repartidor...

Ball leyó en la gorra del sujeto el nombre de la agencia.

—¿Cómo se llama el jefe de distribución? —preguntó.

—Clinton, Peter Clinton, señor.

—Gracias, eso es todo.

El hombre se marchó. Ball cerró la puerta y enseñó el sobre a su subordinado.

—Morty, adivina lo que hay aquí —dijo.

—No tengo la menor idea —contestó Grannath.

—Lo sabrás en seguida —sonrió el joven.

Sacó una navajita y abrió el sobre con todo cuidado. Luego extrajo veinticinco billetes de cien dólares.

—Nuevecitos, flamantes —dijo.

Dentro del sobre había una estrecha tira de papel, como la mitad longitudinal de una tarjeta de visita. En aquella tira había escrito un nombre: HARTLEY BALL.

—¿Qué te parece, Morty?

—Ese dinero llega un poco tarde, creo.

—No, no. Es un contrato independiente. El que envió el dinero a Drake no sabe todavía la noticia de su muerte. Mejor dicho, no la sabía cuando entregó el sobre a la agencia de reparto. Y yo sospecho quién se ha gastado en vano dos mil quinientos dólares.

—¿De veras?

—Sí. Da la casualidad de que he visto muestras de su escritura en más de una ocasión. Pero, para comprobarlo, ahora mismo te vas a ir a la agencia de reparto y hablarás con el señor Clinton. Luego, puedes irte a descansar.

—¿Cuándo te llamo, Hart?

Ball ahogó un bostezo,

—A la noche —contestó.

* * *

Despertó de pronto, porque había oído ciertos ruidos en alguna parte de la casa. Sentándose en la cama, agarró su pistolón y lanzó un grito:

—¡Eh! ¿Quién anda ahí?

Estaba a oscuras. El reloj de la mesilla de noche, con su esfera luminosa, le dijo que eran más de las ocho de la noche.

—Duermes demasiado —sonó una fresca voz femenina—. Además, son unas horas muy extrañas para dormir, a menos que lo consideres como una siesta muy larga.

—Me pasé toda la noche en vela y no me quedé despachado hasta casi las tres de la tarde —se disculpó él.

—Ya me imaginaba algo por el estilo —dijo Thelma—. Bueno,

aséate un poco, cuando estés vestido, te serviré algo de cena.
¿Cómo vas de apetito?

—En estos momentos, soy un caníbal sin un mal brazo de misionero que ¡llevarse a los dientes afilados con lima —rió Ball, a la vez que echaba a un lado las ropas de la cama.

Un cuarto de hora más tarde, aparecía en la cocina. Thelma le puso delante un plato con costillas de cordero, puré de patata, guarnición de verduras y mantequilla, además de pan tostado y una jarra llena de humeante café.

—¿Y tú? —preguntó Ball, al ver vacío el sitio de la muchacha.

—Había cenado ya cuando vine aquí en vista de que no me llamabas.

—No había motivos, Thelma.

Ella se sentó frente al joven.

—¿Cómo van las cosas?

—No muy bien, aunque tampoco se puede decir que hayamos perdido todo el terreno conquistado.

—¿Fue Drake el que mató a mi hermano?

—Indudablemente. No pudimos encontrar la bala, pero no tenemos la menor duda acerca de su identidad. Ahora bien, cuando sepamos para quién trabajaba... mejor dicho, de quién era socio, tendremos resuelto el caso.

—¿Era socio del comprador? —se extrañó Thelma,

—Lo sospechamos, aunque no tengamos pruebas. En todo caso, su participación, si no elevada, sí era lo suficientemente importante como para convencerle de la necesidad de apretar el gatillo en determinadas circunstancias.

—Una actitud imprudente por parte del comprador, ¿no crees?

—Posiblemente aceptó, ya que Drake debía de ser un hombre bien informado. Además, calculo que, si en el caso de tu hermano actuó bajo «contrato», luego vio en el asunto unas posibilidades que no podía desaprovechar.

—¿Tú crees?

—Dejando de lado su «profesión», era un hombre apacible, tranquilo, que gustaba de cultivar su jardín... Asociándose con el comprador, se garantizaba una renta que podía eliminar motivos de inseguridad económica.

—Si era así, conocía al comprador y, por tanto, cabe que le hiciera chantaje.

—Seguramente.

—Tu teoría tiene un punto débil. Si Drake conocía al comprador, ¿cómo es posible que la abogada no estuviese al corriente de esta relación?

—No es necesario que Rose May lo supiera. Su papel se limita a

actuar como representante de una persona que desea cierta propiedad, eso es todo.

—Pero los documentos y ella lo sabe ya, fueron falsificados.

—¿Podemos demostrarlo?

Thelma se mordió los labios.

—Sospecho que actuaron con gran inteligencia —dijo.

—Estás en lo cierto —convino él.

Tomó un poco de café y se retrepó en la silla.

—Eres una cocinera estupenda —sonrió—. ¿Resultan compatibles los guisos con la literatura?

—Tengo una colega que es también, una pintora maravillosa —contestó Thelma significativamente.

—Entiendo. Tu «hobby» es la cocina.

—No exactamente, pero sé lo suficiente para...

Ella se interrumpió de pronto. Ball sonreía.

—¿Para contentar a un hombre? —completó la frase.

—Cuando lo encuentre, Hart.

—¿Te ayudo a buscarlo?

—¿Crees que no puedo hacerlo por mí misma?

—En esta clase de asuntos, se necesita siempre colaboración.

—No me gustan las tercerías, Hart.

—Yo no hablaba de terceras personas, sino de mí.

—¡Hum! Te conozco muy poco. Además, tienes una profesión muy peligrosa.

—Puedo pedir un puesto burocrático.

Thelma desvió la mirada.

—Es prematuro discutir ese asunto —dijo.

El teléfono sonó en aquel instante. Thelma fue al aparato, lo levantó, escuchó un momento y luego tendió la mano hacia el joven.

—Es Morty —indicó.

Ball se levantó.

—Hola, Morty —dijo.

—Tengo la solución ¿Adivinas el nombre?

—Por lo visto, no hizo caso de mis consejos.

—Exactamente. Parece que quiere hacerte pagar el paseíto que le hiciste dar por el desierto.

—Está bien, no te preocupes más; iré a hablar con él.

—Ten cuidado, debe de estar muy furioso —avisó Grannath.

—Me lo imagino, pero le arranqué buena parte de la dentadura. Además si tantos deseos tiene de desquitarse, ¿por qué no me buscó él en persona, en lugar de contratar a Drake?

—Tendrás que preguntárselo, Hart.

—Conozco la respuesta: me teme. Y no me llames engreído,

porque no lo soy y, además, es la verdad. Gracias por todo, Morty Ball colgó el teléfono y se volvió hacia la chica.

—Tengo que salir, Thelma —dijo.

Ella asintió.

—Parece que vas a entrevistarte con alguien que no te tiene demasiada simpatía —manifestó

—Nunca me la tuvo y menos después de lo que le hice.

—Está bien, pero ten cuidado.

—Siempre procuro tenerlo.

—Acaba de una vez este caso y pide un puesto burocrático.

Ball sonrió.

—¿Te gustaría verme detrás de un escritorio?

—Al menos, dormiría tranquila por las noches.

—No estés tan segura, preciosa.

—Oh, sí; dormiría como un tronco...

—¿Conmigo al lado?

Thelma se quedó con la boca abierta, tan sorprendida, que ri siquiera se ruborizó. Lanzando una risita, Ball fue a terminar de vestirse, antes de que la muchacha hubiera tenido tiempo de reaccionar.

Cuando salía, Thelma le hizo una pregunta casi a gritos:

—Hart, lo que has dicho, ¿es una proposición de matrimonio?

—Sí, exactamente.

CAPITULO XI

Borglum se encontraba en una especie de antedespacho, cuando vio que se abría la puerta silenciosamente. Empezó a ponerse en pie, pero se quedó quieto en el acto, al captar el pistolón que Ball empuñaba con mano firme.

Ball se puso el índice izquierdo ante la boca.

—Silencio —dijo a media voz.

Borglum tragó saliva. Ball se le acercó y le quitó la pistola que el sujeto llevaba bajo la chaqueta.

—Ahora, vete —añadió sin levantar el tono—. Lárgate y no vuelvas por aquí o te romperé una pata de un tiro.

Borglum escapó más que a la carrera. Ball guardó las dos armas, avanzó hacia la otra puerta y la abrió sigilosamente.

Bane estaba de espaldas a él, manipulando en su caja fuerte. Presintió que había alguien más, pero no se volvió.

—No me molestes ahora, Keith; estoy ocupado —dijo.

—Keith se ha marchado.

Bane se estremeció fuertemente. Luego, muy despacio, se volvió y miró al visitante. Su cara se había quedado sin color en el acto.

Ball avanzó hacia la mesa. Sacó un sobre del bolsillo y empezó a extraer los billetes que había en su interior, lanzándolos uno por uno sobre la mesa.

El rostro de Bane se volvió ceniciento. Su nuez subió y bajó convulsivamente.

—¿De... de dónde ha sacado eso? —preguntó.

—Estaba en casa de Drake cuando llegó el mensajero.

Ball, impasible, terminó de sacar los billetes. Por último, puso sobre la mesa la tira de papel con su nombre.

—Cometió un error, Phil. He tenido ocasión de ver cosas escritas por usted y reconocí la letra en el acto —dijo—. Por si fuese poco, mi ayudante fue a la agencia de reparto y consiguió la descripción del hombre que había llevado la caria, para que se la entregasen a Drake. Sus señas corresponden en todo con las de Keith.

Bane dudó un momento. Luego trató de rehacerse.

—Está bien, sargento —dijo al cabo—. Lo admito. Quise- quitarle de en medio. Pero dígame si usted no habría hecho lo mismo, después de la jugarreta que me gastó, abandonándonos en aquel horrible desierto. Lo pasamos espantosamente, ¿sabe?

—Yo nunca he intervenido en negocios sucios, Phil.

—¿Y qué? —gritó Bane—. ¿Acaso soy el único? Usted y sus malditas ansias de moralidad; su condenada fama de domador de «gangsters», que le aplicó una vez cierto infecto periódico...

—No siga —cortó Ball, sin alterar un ápice el tono de voz—. Nuestros puntos de vista son diametralmente distintos. Pero tal vez podamos olvidar nuestras pequeñas rencillas si tratamos de encontrar los puntos que tenemos en común.

—¿Puntos en común? —respingó Bane.

Ball agarró una silla, se sentó y puso los pies sobre la mesa.

—¿Cómo supo que Drake era un profesional? —preguntó.

Bane empezó a tranquilizarse.

—¿Debo revelar mis fuentes de información? —preguntó, malicioso.

—Depende —contestó el joven.

—¿De qué depende?

—De los datos que pueda darme de Drake y de sus relaciones con otras personas. Usted está enterado del caso Coughlin, supongo.

—Sí, lo estoy —admitió Bane.

—Coughlin no quería vender sus terrenos y lo asesinaron.

Alguien presentó después una escritura de venta. Era falsa. Lo hizo Seth Archer.

—Archer habría sido capaz de falsificar una orden de lanzamiento de bombas atómicas —dijo Bane.

—Sí, pero, ¿por cuenta de quién actuó?

—Mis informes no llegan a tanto. Sin embargo, puedo darle una pista,

—¿Una buena pista?

—Hable con Susie Fetterman.

—Esa dama no le aprecia a usted demasiado —observó Ball.

—El sentimiento es recíproco —rió el sujeto.

—Y Susie no ha intervenido jamás en cierta clase de asuntos...

—Sargento, a veces resulta usted demasiado ingenuo. Usted sorprendió a mis hambres cuando iban a pedirle un aumento de cuota a esa zorra. Lo recuerda, supongo.

—No So he olvidado, Phil.

—Le seré sincero. Nunca pido más de lo que puedan darme sin resultar perjudicados. Sencillamente, no me gusta exprimir el limón hasta la última gota. Llámelo cinismo o como quiera, pero yo diría que es una actitud razonable... en mi profesión claro.

—Voy entendiendo. Trata de decirme que Susie iba a poder pagarle el aumento sin demasiados perjuicios.

—Incluso habría podido pagarme el doble de lo que le pedía —contestó Bane.

—¿Por qué, Phil?

—Insisto, pregúnteselo a ella. Se llevará una sorpresa, créame.

Ball escrutó el rostro de su interlocutor y presintió que le decía la verdad, Incluso en el inmoral mundo de Phil Bane existían ciertas

reglas, que se observaban con tanta firmeza como las legales.

—Está bien —dijo al cabo—. Hablaré con Susie.

—Y, supongo, eso me servirá de algo —sonrió el hampón.

—¿Quiere decir, benevolencia?

—Llámelo como quiera, pero la información vale la pena, supongo.

Ball suspiró. No le gustaba transigir, pero estaba obligado.

—De acuerdo, aunque con una condición. Phil.

—¿Si?

—Tenga cuidado.

—No se preocupe, sargento.

El joven volvió a su coche. Cuando se sentaba, oyó la llamada de la radio.

—Ball —dijo, tras descolgar el micrófono.

—Hart, soy Morty. Hay una persona que quiere verte con urgencia. Es una tal Lois Kegler y dice que es muy importante. Te ha llamado unas cuantas veces a la Jefatura, pero no estabas y...

—¿Has dicho Lois Kegler?

—Sí, la misma. No sé de qué se trata; ella no ha querido dar más detalles.

—Perfectamente. Iré ahora mismo, a verla. Morty, hazme un favor, ¿quieres?

—Desde luego ¿de qué se trata?

—Vigila a Susie Fetterman, pero procura que ella no se dé cuenta. Síguele todos sus pasos, si por casualidad saliera de su casa. Estaremos en contacto por la radio del coche.

—O.K., Hart.

Ball cortó la comunicación. Apretó los labios, dio el contacto y salió disparado en dirección al salón de masaje de Lois Kegler.

* * *

Lois le vio entrar y adoptó hacia él la postura de cortesía que tomaba para cualquier otro cliente. Hall comprendió que debía seguirle al juego.

—¡Martha! —llamó la mujer.

Una hermosa joven, de larga cabellera negra y cuerpo sinuoso, se acercó en el acto.

—Martha, acompaña al señor Ball a la habitación catorce. Atiéndele como tú sabes. El señor Ball, seguramente, querrá una sesión tipo 0010. ¿Entendido?

—Sí, señora. —La morena sonrió a la vez que extendía una

mano invitadoramente—. ¿Quiere seguirme, señor Ball?

El joven se encrespó.

—Lois, yo no he venido aquí para...

—Cierra el pico —le interrumpió ella—. Haz exactamente lo que te digo.

Ball creyó comprender y echó a andar detrás de la joven. A sus espaldas, Lois se puso a charlar a voz en cuello con otro recién llegado, cliente habitual de la casa, según pudo apreciar por las afectuosas frases que le dirigía la dueña.

Martha le llevó a una habitación situada en el primer piso, decorada con un lujo asiático y en donde el color rojo oscuro predominaba sobre todos los demás. Había un enorme lecho, infinidad de cojines de todos los tamaños y media docena de enormes pieles, además de algunos espejos, tanto en el suelo, como en las paredes y el techo. A través de una puerta entreabierta, Ball pudo divisar un cuarto de baño de gigantescas dimensiones.

Además, había un pequeño bar, con frigorífico, muy bien provisto. Ball se estremeció al pensar en lo que podía costar una sesión de «masaje» en aquel apartamento.

—¿Quiere algo de beber? —ofreció la morena.

—Un trago de whisky. Lo necesito.

Martha se echó a reír.

—Confortable, ¿verdad?

—Bastante. Oye, ¿cuánto cuesta...?

—Si es el masaje 0010, quinientos. Eso incluye proyecciones cinematográficas, naturalmente, más música si lo desea. El número es una clave, como puede comprender. Si le hubiesen dicho el 0012, estaría otra chica conmigo. El 0013 son tres chicas...

—Basta, no sigas, me imagino el resto. Ordinariamente, me contento con una sola, aunque en estos momentos, no estoy para... masajes.

—Lo sé —sonrió ella—. Bien, ahí le dejo, sargento.

Martha se marchó por el cuarto de baño, en el cual, adivinó Ball, había una puertecita secreta. Lois llegó diez minutos más tarde.

—Perdona, Hart —dijo un tanto sofocada—. He tenido que atender a uno de mis mejores clientes... Es un poco pelma...

Ball sonrió, mientras le entregaba una copa.

—De modo que lo de Martha y el masaje 0010 ha sido un truco —dijo.

—Tenía que hacerlo. No estaba segura de que me vigilaran. En los últimos tiempos, me he vuelto muy aprensiva, muchacho.

—Por lo visto, el asunto es importante —dijo él.

—Lo es, y tú mismo juzgarás. Yo me he enterado por casualidad. Una de las chicas lo comentó anoche, bueno, de madrugada. Salió a relucir casualmente en la conversación. Ella estuvo trabajando allí una temporada, pero no le gustaba andar de mesa en mesa con una bandeja en las manos. Terminaba con los riñones deshechos y los tobillos hinchados, y todo por un sueldo de miseria!..

Ball hizo un gesto de resignación.

—Abrevia, abrevia, Lois —pidió.

—Está bien, te lo diré de una vez. Susie Fetterman y Rose May Skimmer son hermanas.

Ball se quedó atónito.

—No... —murmuró.

—Esa chica lo asegura. Dice conocerlas muy bien. Rose May se apellidó también Fetterman, antes de casarse con Henry Skimmer, del cual no se divorció, como puedes pensar. Skimmer murió hace un par de años en circunstancias poco claras, aunque la Policía dictaminó finalmente que se trataba de un suicidio.

—¿Qué le pasó, Lois?

—Lo encontraron muerto en el garaje, asfixiado por las emanaciones de monóxido de carbono, procedente de los gases de escape de su coche. Algunas veces he pensado que lo hizo ella.

—¿Por qué, en tal caso?

—Celos, sospecho; pero no me hagas mucho caso. Es un asunto cerrado y el otro, el que llevas entre manos, te interesa mucho más, me parece.

—Ya lo creo —contestó Ball—. De modo que son hermanas... —murmuró, con aire meditabundo.

—La chica conocía a Rose May desde soltera, aunque no se relacionó con ella jamás. Sin embargo, sabe que Susie le costé» buena parte de sus estudios. Se llevan cinco años de diferencia, ¿sabes?

—Eso salta a la vista. Bien —suspiró Ball—, gracias por la noticia. Espero poder devolverte el favor algún día.

—No menciones mi nombre —solicitó Lois.

—Descuida, nadie lo sabrá. Y ahora, dispénsame...

—¿Te marchas?

—Sí, tengo que hacerlo.

—Sargento, ¿de veras no quiere un masaje 0010?

La voz provenía del baño. Ball se volvió y divisó a Martha, ataviada con una especie de túnica transparente, que apenas ocultaba sus innumerables encantos.

—Cortesía de la casa —dijo Lois, con una risita maliciosa.

Ball meneó la cabeza.

—Otro día —repuso—. Gracias, pero no puedo entretenerme.

—Vuelva pronto —pidió Martha.

El joven asintió. Lois le acompañó hasta la puerta.

—Buena suerte —le deseó.

—Falta me hará —contestó él.

Regresó al coche y se dispuso a arrancar. En aquel instante, sonó la radio. Hart descolgó el micrófono instantáneamente.

—Hart, soy Morty. Escuche, está pasando algo raro. Susie salió de su casa y fue a la de la abogado. Esta la aguardaba ya en la puerta y subió a su coche inmediatamente.

Luego, las dos se dirigieron a casa de Thelma. Rose y entró y salió con la chica cinco minutos después. Apostaría a que la abogado la amenazaba con un arma que no pude ver.

Ball oyó aquellas palabras y creyó que el corazón le daba un vuelco en el pecho.

—¿Está con ellas?

—Sí. Susie conduce y las otras dos van en el asiento posterior. Yo estoy siguiendo al coche, que marcha en dirección Sur. ¿Qué hacemos, Hart?

—¿Has tomado la matrícula?

—Sí... Es un sedán blanco y café, de hace un par de años..

Ball se hizo inmediatamente una composición mental de lugar.

—Escucha, Morty; yo estoy un poco por delante de vosotros. Me situaré en la esquina de la calle Doce y Barleigh y dejaré que pase el coche en que viajan ellas. Nos iremos relevando, para que no adviertan que las seguimos. ¿Entendido?

—De acuerdo, Hart. ¿Qué diablos pretenden...?

—Está claro: van a suprimir a una persona que las molesta, porque se les han acabado los pistoleros que podían hacerlo por ellas —contestó el joven ceñudamente.

El coche blanco y café abandonó la autopista a unos diez kilómetros de la ciudad y tomó por una carretera secundaria; que serpenteaba entre las colinas. Rebasó el punto más alto y emprendió el descenso hacia el lago que se divisaba en lontananza.

Ball comprendió muy pronto las intenciones de las dos hermanas. Susie le había hablado en más de una ocasión de la cabaña que tenía a orillas del lago. No era la única, por otra parte; de modo que, conociendo la situación, tomó por otro camino y procuró adelantarse, a fin de evitar que las dos hermanas ejecutaran el plan que se habían trazado.

Un cuarto de hora más tarde, detenía su coche a unos quinientos metros de la casa de Susie. Hizo una llamada a Grannath y luego se apeó y corrió hacia la orilla.

Una vez en el borde del lago, se desnudó por completo y se sumergió en las aguas. Nadó con fuerza, pero rítmicamente, al objeto de no agotarse prematuramente. Cuando estaba a unos cien metros, divisó a las tres mujeres que se acercaban a un bote a motor, amarrado al pequeño embarcadero de que disponía la cabaña.

Thelma tenía las manos atadas a la espalda. Susie la hizo pasar a bordo, mientras Rose May soltaba las amarras. Ball se sumergió y nadó un rato por debajo del agua, hasta que sintió la falta de aire en los pulmones. Entonces, sacó la cabeza fuera del agua.

El bote, con cabina había sido desamarrado ya, pero el motor se negaba a arrancar. Nadando sin mover las aguas apenas, oyó la voz crispada de Susie:

—Este maldito trasto no funciona. ¿Qué diablos hacemos, Rose May?

—Insiste. La última vez, marchaba a las mil maravillas — contestó la abogada.

Rose May y Susie parecían muy ocupadas con el motor. Favorecido por la circunstancia, Ball se acercó a la embarcación. En aquel momento, se oyó el rugido del motor que se había puesto en funcionamiento.

El bote se separó del embarcadero. Susie aceleró y la proa hendió las aguas. Ball se había vuelto a sumergir y volvió a la superficie, justo cuando la embarcación pasaba por su lado. Alargó las manos y se asió a uno de los protectores que colgaban fuera de la borda, la cual quedaba lo suficientemente alta para ocultarle momentáneamente a la vista de las ocupantes de la embarcación.

Al cabo de unos segundos, flexionó los brazos y se izó hasta el borde de la cubierta. Rose May estaba acucillada frente a Thelma, haciéndole algo en las piernas. Ball pudo ver pronto que le estaba atando un peso a los tobillos.

—Ustedes no pueden hacer eso... —protestó Thelma, terriblemente pálida.

—¿No? —se burló la abogado—. Cuando hayas desaparecido, ¿quién reclamará los derechos a la herencia de tu hermano?

Ball apretó los labios. De modo que habían decidido cambiar de procedimiento. Los documentos de venta podían ser impugnados por falsificación, pero los terrenos, al carecer de propietario que abonase los impuestos, saldrían a subasta. No estaba mal ideado, sólo que era un plan que tenía un terrible inconveniente. Y no precisamente porque él estuviese en el mismo bote.

Rose May terminó su tarea y se incorporó.

—¿Falta mucho, Susie? —preguntó.

—Unos quinientos metros. Hemos de llegar al punto más hondo del lago, donde hay casi ciento sesenta metros de profundidad.

Rose May se volvió hacia la muchacha.

—Jamás encontrarán tu cuerpo —dijo.

Thelma procuró erguirse.

—Está bien —dijo—. Pégueme un tiro. Acabaré antes, sin sufrir.

—¿Has oído, Susie? —gritó la abogado.

Susie estaba en el pequeño puente de la embarcación y se volvió un momento, con una pistola en la mano, que lanzó hacia su hermana. Pero Rose May falló la recogida y el arma resbaló por la cubierta.

Rose May lanzó una imprecación. Dio un par de pasos hacia adelante y, en el mismo instante, vio surgir a un hombre completamente desnudo. Ball se precipitó hacia la pistola. Rose May iba a cogerla ya, cuando él la apartó de un tremendo empujón.

—¡Hart! —gritó Thelma.

La abogado cayó de espaldas, con los pies por alto. Ball la encañonó con el arma.

—No te muevas —dijo—. Esto ya se ha acabado.

* * *

Durante unos segundos, sólo se oyó el sonido del motor de la barca. Rose May dirigió al joven una mirada impregnada del más profundo odio.

—No hubieras conseguido nada, Rosé May y —añadió el joven—. Porque ni siquiera Thelma es la heredera legal de su hermano.

—Sé que tiene un hijo, pero no se casó con su madre...

—El niño, sin embargo, está reconocido legalmente.

Rose May se quedó con la boca abierta. Ball meneó la cabeza.

—Debieras haberte informado mejor —añadió—. Todo lo que has hecho ha resultado inútil. Los crímenes, las muertes que otros cometieron para ti, todo, todo ha sido en balde.

—Pero no podrás probar nada...

—Empezaremos con el secuestro de Thelma y la tentativa de asesinato. De ahí saldrán otros detalles, créeme. Eres abogado y conoces bien la ley y los procedimientos judiciales.

—Insisto, no podrás probar que hice nada delictivo. Todo lo hizo Drake.

—Resulta útil tener un muerto al que cargar las culpas —sonrió Ball—. Pero quizá has olvidado un detalle que puede llevarte a la cárcel por todos los días de tu vida.

—¿Sí? —se burló Rose Ma.

Ball enseñó la pistola que tenía en la mano.

—Seguramente, es el arma que sirvió para matar a Mahaw. Tu ayudante estaba al corriente de todos tus asuntos y, sin duda, se había convertido en un eslabón débil. O quizás pidió una participación mayor, cosa que ni tú ni Susie estabais dispuestas a consentir. La bala quedó dentro de la cabeza de Mahaw.

Rose May palideció horriblemente. De súbito, Thelma lanzó un agudo chillido:

—¡Cuidado, Hart!

El joven se volvió, maldiciéndose por su descuido. Susie en el puente, tenía en las manos un pesado salvavidas circular, que le arrojó antes de que pudiera evitarlo. Ball trastabilló, abrió los brazos, perdió el equilibrio y saltó de espaldas al agua.

Rose May lanzó un grito de júbilo y se arrojó sobre la pistola. Cuando se enderezaba, Thelma chilló.

—En seguida te tocará el turno —dijo la abogada perversamente.

Ball asomó la cabeza y vio que Rose May le apuntaba con la pistola, por lo que se escondió de nuevo bajo las aguas, justo en el momento en que salía el primer tiro. En aquel momento, Susie emitió un agudo chillido:

—¡Rose May, nos persiguen!

La abogada se volvió. A cien metros de distancia, una embarcación algo más pequeña, se acercaba allí a toda velocidad. Susie aceleró de nuevo. Grannath pilotaba el otro bote y trató de cortar el paso al primero.

—Rose May, arroja a esa estúpida al agua —chilló Susie. La

abogado asintió y se metió la pistola en la pretina de pantalones. Luego se acercó a Thelma.

La muchacha decidió defender cara su vida. El lastre, una gruesa piedra de plomo, unida a una cuerda de un par de metros, pasó a sus manos, cuando Rose May se inclinaba sobre ella. La abogado se sobresaltó, en aquel momento, el lastre la golpeó en un hombro.

Rose May chilló agudamente y braceó, intentando mantenerse sobre la cubierta. Susie lo vio y cortó gas en el acto.

Fue una especie de frenazo que no mejoró la situación de la abogado. Rose May cayó al agua y emergió junto al costado de la embarcación. Y en aquel instante, Grannath llegaba con su bote.

El ayudante quiso desviarse, pero ya era tarde. La proa de la embarcación empujó primero a Rose May y luego la aplastó contra el costado de su propio bote. Rose May se irguió un poco fuera del agua y lanzó por la boca un verdadero surtidor de sangre. Grannath maldijo, mientras daba marcha atrás. Susie, por su parte, aparecía como paralizada por el horror.

Cundo los dos botes se separaron, Rose May se hundió en el agua. Burbujas sanguinolentas subieron a la superficie. Ball nadó con poderosas brazadas hacia allí.

—¡Vigila a Susie! —gritó.

Grannath maniobró para acercar su bote al de las hermanas. Luego saltó a la cubierta y apuntó con su pistola a Susie. —Baje de ahí —ordenó.

Susie obedeció sin protestar. Tenía la cara completamente blanca.

Ball se sumergió de nuevo bajo las aguas. La luz era suficiente para poder ver el lento hundimiento de un cuerpo. Braceó con todas sus fuerzas y alargó la mano, asiendo a Rose May por los cabellos. Luego taloneó para emerger a la superficie.

Susie vio a su hermana y se desmayó. Grannath se arrodilló junto a la borda y ayudó a subir a la cubierta el cuerpo inanimado de Rose May. Ball se izó a pulso y luego se inclinó sobre la abogado.

—No hay nada que hacer —dijo sombríamente—. Tiene el tórax completamente aplastado.

—Lo siento... Yo no... —murmuró Grannath.

Ball le dio una palmada en los hombros.

—Hiciste lo que debías hacer —contestó.

A continuación, se volvió hacia la muchacha, que seguía en la misma posición.

—Desátala, Morty —indicó.

Se metió en la cabina y empezó a revolverlo todo, hasta encontrar

una toalla de baño, que, se puso en torno a la cintura. Volvió a la cubierta.

Thelma había sido liberada de sus ataduras y se puso en pie.

—Has llegado muy a tiempo —sonrió—. Pero, ¿cómo supiste que...?

—Más tarde te lo contaré todo —respondió él.

* * *

Ball fue al día siguiente al apartamento de Thelma y se sorprendió al apreciar la inactividad de la joven.

—Creí que estarías haciendo las maletas —observó.

—He decidido quedarme una temporada —respondió ella.

—¿Por qué?

—Bueno, el Starmount College de Lansing Bow, para señoritas, tiene cierta fama y sé que en el próximo curso necesitarán una profesora de Literatura. Intentaré conseguir el puesto e, incidentalmente, te diré que tengo bastantes posibilidades.

—Te felicito —dijo él.

—Gracias. ¿Te agrada ¡a idea?

—La encuentro estupenda. Yo también he hablado con mi jefe. Creo que me dará un cargo burocrático.

—¿No echarás de menos esta actividad tan... bueno, quiero decir la vida tan agitada...?

—¿Quieres que te diga una cosa? Con toda sinceridad, ¿eh?

—Sí, Hart.

—La verdad, estaba cansado del papel que me habían asignado. Tuve éxito hace algún tiempo en un asunto duro y el jefe pensó que yo podía colaborar en otros similares. Pero, la verdad, no me gusta eso de jugarme la vida a cada momento.

—Entonces, ya no vas a seguir domando «gangsters».

—Oíros se encargarán de esa tarea. Yo la supervisaré desde mi despacho y... Thelma, ¿qué tal si hablamos de nuestro futuro?

—Espera un momento —rogó ella—. Antes tienes que decirme por qué lo hicieron las dos hermanas.

—Fue idea de Susie. Rose May, por supuesto, no era menos ambiciosa. Susie quería los terrenos para montar un motel de unas características muy distintas a las que pensó tu hermano. Hubiera sido un gran negocio, desde luego, y además, con una enorme ventaja en lo que respecta a la Policía: estaba fuera de nuestra jurisdicción.

—Entiendo. Pero les salió mal la cosa.

—Ya lo has visto.

De pronto, llamaron a la puerta. Thelma fue a abrir.

—¡Peggy! —exclamó.

Peggy Carrel sonrió desde el umbral.

—¿Puedo entrar o estorbo? —consultó.

Thelma le cogió el niño y lo apretó contra su pecho. Luego miró maliciosamente a Ball.

—Entra, querida —dijo—. Hart y yo tenemos tiempo de discutir... lo que íbamos a discutir cuando llegaste.

—Hola, Peggy —saludó el joven.

—¿Cómo está, sargento? —Peggy se volvió hacia la otra—. Thelma, he venido a darte las gracias por el dinero que me has enviado.

—Te pertenecía a ti —contestó la muchacha sencillamente. Se volvió hacia Ball—. Era el que me pagaron por una supuesta venta —añadió.

—Has hecho bien —aprobó él—. Peggy, los terrenos son tuyos, bueno, del niño. ¿Qué piensas hacer?

—Tengo una oferta. Una empresa interesada en construir allí el complejo ideado por el pobre Ron. Lo pagarán bien, peí o yo me quedaré con una participación. Puedo encargarme de dirigir el motel propiamente dicho o la estación de servicio... En fin, ya lo discutiremos.

—Te felicito —sonrió él. Luego agarró al niño y lo levantó en alto, mientras preguntaba maliciosamente—: Thel ¿cuánto tardaremos tú y yo en tener algo parecido?

La muchacha se sonrojó.

—El tiempo necesario, supongo —contestó.

—Un año, quizá menos —dijo Ball.

F I N

Las mejores novelas de

MARCIAL LAFUENTE



ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

**CENTAURO y
OESTE
LEGENDARIO**

¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**